

El socialismo y el tema del estado / Argentina: ¿modernización o
modos de desarrollo? / Debate sobre la izquierda / El poder
y el imaginario social / Dos visiones críticas sobre la película
Sur / Los libros de los candidatos / Una novela y el exterminio /
Los dilemas de la izquierda europea / Para una idea racional de patria

Amado, Franzé, Habermas, Marí, Napolitano, Quiroga, Portantiero

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 11, junio de 1988

15.



Arte gráfico del expresionismo alemán

Carlos Macchi

Existen aquellos puntos terminales en la historia, instancias en donde los sistemas demuestran la diferencia entre el equilibrio inestable y el indiferente, momentos y procesos que en el desarrollo de lo histórico, pierden su extensión temporal acotados desde el pasado por la decadencia, desde el futuro por las utopías. Así como el descubrimiento (la invención) del nuevo mundo motivó la aparición de obras como la de T. Moro o Campanella, el agotamiento de este mismo mundo, comprendido como topología, no geografía, revivió la formulación de nuevas, aunque eternas, utopías.

Alemania finisecular asistió a una múltiple reacción contra el frígido materialismo de la industrialización. Partiendo del Imperio guillermino y cercándose con la consolidación del nacional-socialismo, a mitad de este camino se encontraba la híbrida maleabilidad de la República weimariana, se propusieron en el arte y el pensamiento modelos y proyectos que otorgarían una nueva dirección a esta Alemania en su entrada al siglo XX.

El expresionismo alemán participó en estas newtonianas disputas epistolares entre manifestos y revistas. Duramente criticado por dadaistas como Grosz, el movimiento expresionista jugó un doble papel: por un lado, como testimonio de la patética situación



Ilustración de tapa: Emil Nolte, *Mujer Rubia*, 1917

Ilustraciones

El material gráfico utilizado proviene de las siguientes publicaciones:

El Expresionismo. Pintura alemana entre 1905 y 1920, Colombia, Ed. Montevideo, 1979. *El Gran Gráfico. Exposición de la Colección Gómez* (ed.), publicado por el Museo Nacional de Bellas Artes, Exposición 1969. *Gráfica Crítica en la Época de Weimar*, Stuttgart, República Federal Alemana, 1985. *Graphik Der Deutschen Expressionismus*, Buchheim Verlag Feldafing, 1959.

Sumario

2 Carlos Macchi: Arte gráfico del expresionismo alemán

Ba da reforma del Estado

3 Juan Carlos Portantiero: El socialismo y el tema del estado

4 Julio Godío: ¿Son las empresas públicas indicadores de fortaleza y autonomía del estado?

5 La Ciudad Futura: Cómo nació y qué es el Plan Méndez

6 Hugo Quiroga: ¿Modernización o modos de desarrollo?

8 Christian Ferrer: La autogestión, ¿es una receta técnica?

Política y sociedad

9 Sergio Bufano: Vamos a votar Héctor Leis: Carta a La Nación

Debate sobre la izquierda

10

Emilio de Ipola:

La izquierda

en tres tiempos

14

Javier Franzé:

Los socialistas

nos hemos cerrado el camino

(reportaje a Alfredo Bravo)

23 Ana María Amado: El preciosismo espectáculo del mito

24 Antonio Marimón: Sur, una película feliz

25 Javier Franzé: Efímeros, pero tediosos

Política internacional

15 Giorgio Napolitano: Los dilemas de la izquierda europea

Política y cultura

26 Antonio Marimón: Una novela y el exterminio. Respiración artificial de Ricardo Piglia

Julio Godío: El estado justicista de Javier Slodsky

Dramaturgia: Laura Rey

Ensayo

27 Javier Artigues: Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina de José Nun y J. C. Portantiero (comp.)

Javier Artigues: La rusa de José Luis Cebrian

20 Marta Dujovne: Una visita al Museo Histórico Nacional

Ensayo

28 Jürgen Habermas: Para una idea racional de patria

Suscripción en el exterior (seis números) que incluye fletógrafo: u\$s 30.

32 José Aricó: La Argentina que no cambia

Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 107.629

Suscripción en el exterior (seis números) que incluye fletógrafo: u\$s 30.

32 José Aricó: La Argentina que no cambia

Aclaración

Las condiciones precarias en las que por causas económicas se ve obligada a editar la *Ciudad Futura* nos hacen cometer errores o omisiones por los que pedimos disculpas a nuestros lectores.

En el número pasado omitimos el nombre del autor, Sergio Rodríguez, en el artículo "¿Desde dónde vienen los socialistas?" de pág. 11. Además, no incluimos la mencionada aclaratoria del material gráfico incorporado. Proviene de grabadores argentinos de los años de entreguerras y se tomaron de dos fuentes: 1) de los fascículos 81, 82 y 87 de la serie de *Quadernos de grabadores argentinos del siglo XX* publicada por el Centro Editor de América Latina; 2) de la revista *Actualidad*, publicación ilustrada de izquierda que circuló en Buenos Aires desde 1932 hasta 1936. Los grabados pertenecen, por orden de aparición, a los siguientes artistas:

Facio Hebeque (tapa y pp. 7, 17, 22 y 24); Sergio Sergi (9); Pompeyo Audibert (11, 14, 18 y 23); Mauricio Lasansky (13 y 25); Spilimbergo (17 inf. y 21); Victor L. Rebuffo (20). Se completó el material con los grabados de la expresionista alemana Käthe Kollwitz insertos en las páginas 4 y 8.

La Ciudad Futura
B. Mitre 2004 - 19 (1039) t.E. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues,

Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godío,

Antonio Marimón, Gustavo Merino,

Guillermo Ortiz, Comité Asesor, Emilio de Ipola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Loza, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor Leis.

Dramaturgia: Laura Rey

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 177, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaracín 1955, Fap. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Rio IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Cap. Fed.

Pensar el estado como un órgano tan al extremo independiente de la forma de acumulación del capital, esto es, de las características del mercado económico, va en contra de la lógica de la explicación social, aún de la más elemental en términos funcionales.

Es imposible, en una palabra, presentar al estado capitalista como hostil por defini-

L a Ciudad Futura busca iniciar en este número una discusión sobre el papel del estado en la Argentina de hoy, tratando de indagar no solamente acerca de su comportamiento actual sino también interrogarse sobre su futuro.

Es un hecho que el tema del estado ha entrado en la sociedad argentina con una fuerza que distaba de tener poco tiempo atrás, cuando era exclusivo patrimonio del neoconservadorismo.

Un triunfo de la derecha, entonces, capaz hoy de fijar los grandes temas de la agenda pública? Esta opinión es habitual en los partidos de izquierda, en el pensamiento popular y en el sindicalismo, quienes le otorgan de esa manera a dicha fuerza una capacidad insólita para imponer arbitrariamente sus obsesiones a toda la sociedad.

En verdad, el tema del estado no es una imposición de la derecha sino de la realidad. Lo que la derecha hace es planearlo de una determinada manera y proponer determinadas políticas. Pero cuando en la vida cotidiana toda la población paga los costos y sufre la insuficiencia de los servicios en manos estatales, ella no cree que esas desdichas sean fruto de la imaginación de los neoconservadores. En todo caso, si nadie le ofrece otra respuesta, lo que hará es plegarase a la que le proponen aquello. Con lo que el juicio sobre la eficiencia de la derecha efectivamente se cumple, pero porque ésta haya inventado el tema sin porque desaten del debate quienes podrían contestar sus argumentos o los asumen en una actitud defensiva, refugiándose en anacronismos de los años cincuenta.

Los simplismos de la derecha

Lo que puede decirse del neoconservadorismo no es que imagina problemas donde no hay, sino que efectúa análisis simplistas de los mismos, que llegan a niveles paródicos cuando quien les expone es alguien tan ignorante como un Bernardo Neustadt, por ejemplo.

Una muestra de esa superficialidad es el planteo abstracto que efectúa acerca de las relaciones entre la sociedad (mercado) y el estado en las sociedades contemporáneas.

Para ese discurso en boga, ambas esferas estarían materialmente escindidas, con la característica que la primera -reino de lo privado- incluiría a elementos de impulso social y la segunda -semiosocialista- a los frenos. Una zona, pues, de innovación capitalista como lugar de la libertad, bloqueada por otra lugar de la coacción, que tiende a colonizar a la primera en favor de la burocracia. Una explicación tan primitiva sobre la articulación entre sociedad y estado no dejó de ser seductora por la misma sencillez que la toma falsa: el liberalismo económico dejó la Argentina a un capitalismo imaginario.

Pensar el estado como un órgano tan al extremo independiente de la forma de acumulación del capital, esto es, de las características del mercado económico, va en contra de la lógica de la explicación social, aún de la más elemental en términos funcionales.

Frederick A. Brezler, en su libro *Capitalism and Democracy in Argentina*, sostiene que el capitalismo no es un sistema que se aplica en un solo país, sino que se aplica en un sistema de países. La Ciudad Futura

Control público de las decisiones económicas

El socialismo y el tema del estado

Juan Carlos Portantiero

Apenas abordado por la izquierda, el tema del estado aparece en nuestro país como patrimonio exclusivo del neoconservadurismo. Y si los capitalistas subsidios los ignoran, lo ignoran también un sindicalismo creado a semejanza de ese capitalismo.

Es hora, pues, de discutir en serio sobre la decadencia de un modo de vinculación histórica entre el capitalismo y el estado y entre el estado y las masas: sobre un modo de acumulación y sobre un modo de hegemonía que ya no funcionan.

Qué tendría que decir el socialismo sobre eso? Una respuesta -de izquierda, pero no socialista, aunque la diferenciación aparece en primera instancia como forma da- es la que aparece en el grueso del partido intransigente, en una parte de la Unidad Socialista, en el populismo esencial que expresa Menem (por lo menos en su sentido común, si no en su evanescente programa), en el citado sindicalismo que controla a la CGT.

En todos estos casos, de lo que se trata es de revisricular la dimensión "popular" del modelo vigente, los aspectos redistributivos del capitalismo asistido y del estado de derecho, la atribución de soberanía a la autoridad nacional que se otorga a la propiedad estatal sobre la producción de bienes y servicios.

Nuestra visión es diferente: se define a sí misma como propia a las reformas socialistas, pero no ni "nacionalista", ni "popular", ni "estatista". Va, ciertamente, contra la corriente.

Lo que esta propuesta busca es transformar el modo de funcionamiento del capitalismo en la Argentina, no perpetuando el imperialismo; de "lo popular" frente a la oligarquía. En la misma evolución supericial del neoconservadurismo, contrapone al Estado con el mercado; sólo cambian los signos: positivo para el Estado, negativo para el mercado.

Por cierto, no han inventado esa posición. Ella define a una de las dos culturas que históricamente caracterizan al socialismo: la jacobina y estatizante, que deriva de la vieja idea leninista que el capitalismo de estado es la antisala del socialismo. Una idea que el desarrollo de los nacionalismos en los países periféricos transformó luego en un suerte de sentido común "progesista".

Cuestionar ese razonamiento es introducir en el debate una óptica menos primitiva que la de los "privatistas" o "estatistas" a ultranza, y será capaz de proponer para la imprescindible tarea de "descongestionamiento del estado", mecanismos que incrementen el poder de la sociedad. Esto es, ayudar a crear entre el mercado y la burocracia, un espacio público que pudiera asegurar una mayor información, participación y descentralización de las decisiones, por vía de la cogestión o de la administración autogestionaria o cooperativa.

No creemos por cierto en una democracia de participación permanente, porque en las necesidades de decisión harían -como dice Rosavallón- "soñar con Rousseau y gobernar con Maquiavelo". La autogestión es simplemente un principio reglamentario capaz de ejercer la participación, pero que suele transformarse en un modo de organización total: sería ingobernable. Pero como consigna democrática es irreemplazable para el socialismo, para un socialismo que busca creer que estatización no es lo mismo que socialización.

Un dilema falso

¿Son las empresas públicas indicadores de fortaleza y autonomía del Estado?

Julio Godío

a política del gobierno radical destinada a impulsar la participación del capital privado nacional o extranjero en la composición del capital y en la gestión de varias empresas públicas estratégicas (Aerolíneas Argentinas, ENTEL, Ferrocarriles Argentinos, empresas eléctricas, petroquímicas y otras) ha desatado una violenta polémica entre "privatistas" y "estatistas".

El principal fundamento de la política de privatizaciones señala la necesidad de proceder a la modernización (equidad, eficiencia, consolidación de mercados) y a una mejor eficiencia en la gestión de las empresas públicas. Al mismo tiempo, se aclara que esta política se inscribe en una estrategia global que prevé el estímulo de las inversiones extranjeras en el país (petróleo, pesca, explotación de la deuda externa, convenios con Italia de inversiones en pequeña y mediana industria, etc.). En realidad, con la llamada política de participación del capital privado en el saneamiento de la empresa pública, el gobierno nacional no hace sino ejecutar un punto de la plataforma electoral de la UCR en 1980: estimular la inversión de capitales extranjeros para permitir la renovación tecnológica, racionalizar la gestión y mejorar la eficiencia del funcionamiento de las empresas públicas.

Es ya por entonces conocida la crisis fiscal del estado y la imposibilidad de acometer inversiones cuantiosas en nuevas tecnologías, sin hablar de las dificultades que para apropiarse de ellas plantea el control ejercido por las empresas multinacionales. Por otra parte, la política de estímulo a la intervención del capital privado forma parte de una estrategia de reestructuración de las relaciones internacionales económicas, financieras y políticas del país, impuesta por un cambio radical en la conformación del mercado mundial. Se confía, así, que la política emprendida sea correspondida por los países desarrollados inversionistas (principalmente europeos) con la promoción de importaciones argentinas, la cooperación para una resolución favorable de la deuda externa, y un mayor apoyo económico y político al proceso de transición democrática en Argentina.

En oposición a esta política de la administración radical se ha constituido un débil frente político y sindical que la caracteriza de "entrequistas" y "neoliberal". Y digo débil porque excepto pequeñas agrupaciones de izquierda o nacionalistas de derecha, sin peso político significativo, el bloque "estatista" evidencia una ausencia singular de la peronismo político y sindical. En efecto, el Consejo Nacional del Partido Justicialista no se ha pronunciado oficialmente sobre el tema y sólo algunos diputados y senadores han intentado alguna resistencia aislada. El gobierno peronista de la provincia de Buenos Aires ha propuesto una vía alternativa de "propiedad social" a la oposición entre privatistas y estatistas, y en el movimiento sindical, salvo declaraciones de ATE y de Luz y Fuerza, no se han producido respuestas contundentes. La propia CGT se ha referido tangencialmente al problema y no hubo consignas antiprivatistas en el último paro nacional.

Fácil ofensiva del gobierno y la ausencia de resistencia de las tradicionales fuerzas privatistas muestran con claridad que se ha derumbado un mito en el país: el mito de que la fortaleza del estado escribe en la presencia de un poderoso (o más bien, extendido) sector público de la economía. ¿Por qué se ha derumbado este

mito? Porque en la experiencia de la gente se ha hecho conciencia que aquello que en otras décadas fue un capitalismo de estados con rasgos progresistas se ha transformado en la actualidad en un estado empresario que intenta y garantiza los intereses de las grandes empresas privadas y contristas. Un estado que se ha desempeñado nítidamente a favor del crecimiento del actual modelo económico financiero-monopolista y en el impulso a otro modelo productivo y apoyado en el potenciamiento de las empresas públicas. Pero como venimos, se trata de una respuesta parcial y superficial.



buen parte de la opinión pública y la sociedad presta a cualquier iniciativa que arranque de las privatizaciones: la convicción de que es imposible redimir en las empresas públicas la dinámica económica, puesta que la alianza entre la alta burocracia estatal y el management privado excluye, limita y hasta erosiona cualquier tipo de esfuerzos de los usuarios, de las organizaciones sindicales y de los sectores modernizantes y democráticos de la tecnología y la administración. El gobierno peronista de la provincia de Buenos Aires ha propuesto una vía alternativa de "propiedad social" a la oposición entre privatistas y estatistas, y en el movimiento sindical, salvo declaraciones de ATE y de Luz y Fuerza, no se han producido respuestas contundentes. La propia CGT se ha referido tangencialmente al problema y no hubo consignas antiprivatistas en el último paro nacional.

Frente a esto, ¿qué hacer? En primer lugar, extraer una conclusión que pueda permitirnos plantear soluciones posibles: un estado no es "fuerte" por el mero hecho de ser "proprietario" de empresas. Sólo lo es si está instalado y regula el funcionamiento de una economía en la cual los sectores privados, estatal y social (a través de las formas propias en este último actúe) impulsen el

crecimiento armónico y proporcionado del sistema económico en su conjunto. Es cierto que esa fórmula general debe ser integrada en las etapas históricas del estado. Desde esta perspectiva, las etapas en las que el estado argentino impulsó al capitalismo (1943-1953 y luego, 1950-1960) fueron positivas pues se consolidaron espacios técnicos-productivos que ampliaban el mercado interno y modelaban espacios potenciales de exportaciones no tradicionales. Pero tales políticas tenían efectos distorsionantes en la experiencia de la gente porque velaban el hecho de que para alcanzar un crecimiento económico auto-sostenido de larga duración era preciso dejar de ser un país dependiente, agroexportador y semiindustrializado para transformarse en un país de economía agro-industrial integrada. Para esta tarea histórica las empresas públicas son importantes. Pero lo decisivo es contar con una gestión económica que garanticé la hegemonía del capital productivo sobre el financiero, que estimule el desarrollo de las economías regionales y que democratice el manejo de las empresas a través de la incorporación a las organizaciones sindicales y superiores.

Y es por esta razón que, si verdaderamente se confía en el papel impulsor del sector público en la transformación de la economía, se debe necesariamente comenzar por la reforma global del estado. Tal reforma supone una nueva constitución nacional, resultante de una elaboración y aprobación consensual, que cree el marco institucional más apto para las reformas; esto es, que legitime un reordenamiento del espacio argentino según las pautas de una economía mixta agro-industrial integrada. El estado podrá ser "eficiente" si demuestra ser capaz de fomentar políticas de inversión de capital y de innovaciones y reconversiones tecnológicas en función de un modelo de país que nunca llegó a ser, aun cuando existían posibilidades para ello ("Australia que no fue").

Es evidente que tal estrategia requiere de nuevas inversiones y de la reconversión tecnológica de las empresas públicas. La "fortaleza" de tales empresas dependerá de una ajustada combinación entre innovación tecnológica y eficiencia en la gestión. A su vez, las modalidades de inversión de capitales y de los métodos de planificación estratégica deberán variar según las peculiaridades de cada empresa, por lo que una discusión "general" sobre este problema, que no tenga en cuenta las modalidades particulares, es un contrasentido. En función de lo que aquí señalamos, ¿en qué sentido se puede decir que resulta peligroso que la compañía SAS compre el paquete accionario minoritario en Aerolíneas Argentinas, o que algo semejante ocurra en ENTEL? "Es peligroso una renovación y racionalización de Ferrocarriles Argentinos que recurre a la inversión japonesa o húngara". Evidentemente este tipo de inversiones no pueden ser consideradas peligrosas en ningún sentido, pero si son inevitablemente necesarias. Una actitud de rechazo a estas soluciones basada exclusivamente en consideraciones ideológicas, dejando de lado la consideración de todas aquellas medidas complementarias

que tiendan a incorporar a los trabajadores en la gestión de la empresa y a garantizar un control de los usuarios sobre los servicios.

La inversión de capitales extranjeros en la empresa pública no sólo debe ser rechazada, sino que debe ser estimulada en función, claro está, de un objetivo estratégico que deberá estar claramente explicitado: el de garantizar la integración vertical de la estructura productiva pero acompañada de políticas y controles destinados a colocar tal integración al servicio de una perspectiva de crecimiento y de autonomía nacional. Al mismo tiempo, el estado debe proceder a estimular y garantizar la participación de los trabajadores como un requisito insoslayable para el éxito de esa labor. Sin la intervención consciente y responsable del mundo del trabajo resulta imposible pensar en una ética política de democratización y refundacionalización".

Para maximizar el funcionamiento eficiente y estratégicamente propulsivo de las empresas públicas es preciso, en consecuencia, que la sociedad civil asuma de manera responsable una intervención más decisiva en los destinos de tal sector. Vale la pena tener en cuenta lo que sucede en Suecia, país en el que la reticencia de los empresarios privados a la inversión de capitales, ha dado lugar a la actual modalidad de inversión a través de los llamados "fondos solidarios de la empresa". Estos fondos son aportados por el sindicato como entidad colectiva, por los municipios, las cooperativas y otras instituciones que operan con préstamos estatales. Se aplica la fórmula de la amortización diferida del capital invertido en función de la rentabilidad de la empresa. Dichos fondos solidarios nadan tienen que ver con la vieja y conocida trampa del "accionariado obrero", reflejado hoy por el neconverdurismo en Europa Occidental. Todo lo contrario, son fondos de "titularidad colectiva" y ningún trabajador o ciudadano es propietario individual de acciones. Se trata de un esfuerzo colectivo por la democratización de la economía y hay razones para pensar que soluciones de este tipo pueden ser aplicadas en gran escala para modernizar las empresas públicas. (Véase nota adjunta sobre el significado del Plan Meidner.)

En síntesis, para enfrentar los intentos neoliberales de desmontar al estado en provecho exclusivo del interés de quienes son en buena medida los beneficiarios de la situación económica, resultan absolutamente precarios los argumentos "estatistas" tradicionales y totalmente superfluos los lamentos por un pasado nacional-industrialista superado. Por el contrario, una política de defensa efectiva de las empresas públicas (y no de los intereses espurios que crecen a su amparo) deberá colocar en el centro de su acción el principio de que la fortaleza de ellas deriva de su eficiencia, de su gestión democrática y de su papel decisivo en el logro de una economía activa, moderna y con capacidad redistributiva, es decir, de una economía puesta al servicio del interés nacional. Este interés solo podrá ser garantizado si se inscribe en la persistente búsqueda y realización de esa Argentina en la que dos grandes oportunidades reclamaron históricamente la construcción de una economía agro-industrial integrada en 1930 y en 1950. Un tercer reclamo histórico está hoy en proceso y debería ser escuchado por quienes tienen hoy las mayores responsabilidades en la definición de las alternativas. No sólo porque se podría salvar al país de una decadencia sin horizontes de salida, sino porque constituiría de hecho la mayor de las garantías para nuestra incieta transición democrática.

Julio Godío, Sociólogo. Especialista en historia del movimiento obrero.

Cómo nació y qué es el Plan Meidner

Socialización y Democracia industrial son términos recurrentes en el debate político del movimiento obrero suizo desde los años 20. Desde aquel momento la expresión democrática industrial es signo únicamente el sistema de relaciones industriales basado en la contratación colectiva, en especial en la industria, sino que se vincula cada vez más directamente al concepto de socialización. Este último –usado con frecuencia en contraposición con el término de "aestatalización"– indica la opción hacia formas de control de las empresas basadas sobre la gestión de los trabajadores de modo directo o en comparación con otros partners (grupos de intereses y representantes públicos) en una suerte de autogestión.

En 1971 se le otorgó un mandato a un grupo de economistas guiados por Rudolf Meidner para elaborar un plan para el mejoramiento del poder de los trabajadores en las empresas. Un primer esbozo de plan fue sometido a la consulta y la discusión por los miembros del LO. En 1976 un nuevo congreso aprobó la redacción definitiva del plan.

Dicho plan preveía, sintetizando al máximo un discurso que es mucho más complejo, las siguientes medidas: a) conglomeramiento de una cuota-parte de los beneficios anuales de las empresas con más de 50 a 100 dependientes, bajo la forma de adquisiciones de acciones a reagrupar en un "Fondo" de propiedad colectiva de los trabajadores y bajo control sindical y de los representantes de los trabajadores elegidos al efecto; b) cada año la propiedad de estas acciones podía permitir –más allá de la normal adquisición de nuevas acciones– aplicar los dividendos a las actividades de formación técnica y empresarial de los trabajadores y la adquisición de conocimientos y métodos para el mejoramiento del ambiente de trabajo; c) con el aumento cuantitativo de las acciones del Fondo crecen las posibilidades del colectivo de estar representado en posiciones no subalternas en el consejo de administración y con una considerable fuerza de contratación; d) las acciones del fondo y la cuota de capital que ellas representan permanecen dentro de la empresa para las normales necesidades productivas y de inversión; por lo tanto, no son sustraídas a las empresas los capitales necesarios para su funcionamiento y para su autofinanciación; e) los representantes del fondo se reúnen en comités territoriales con otros representantes de las demás empresas presentes y con representantes de los grupos de interés mayores y públicos para coordinar las decisiones relativas al uso de los mismos fondos.

El propio Meidner descartaba la hipótesis de que los fondos pudiesen servir como una suerte de seguridad política fiscal y pudiesen ser usados fuera de la empresa para actividades "sociales"; o bien que ellos



Paleontología

La autogestión ¿es una receta técnica?

Christian Ferrer

D oce páginas de suplemento sobre autogestión en *La Ciudad Futura* 8-9, y ni una sola vez la palabra socialismo. ¿Síntoma de que es posible pensar las prácticas autogestionarias más allá del socialismo o de que se trata de prácticas sociales novedosas que no heredan los modelos teóricos libertarios de címonios? La perplejidad aumenta cuando notamos que las ilustraciones que ornán el suplemento remiten la imaginación del lector a la epopeya soviética de 1917 o semejanzas típicas grabados de periódicos socialistas argentinos de principios de siglo, cuando obviamente ambos están ausentes del discurso. Resulta curioso porque una rápida genealogía del vocablo hallaría su moderna fuente de procedencia en las experiencias comunales/cooperativas libertarias propias del auge socialista finisecular, en las breves pero intensas experiencias soviéticas (1917-1921) y estapofías (1936-1938) —o en sus sousas contemporáneas en Yugoslavia y los kibutz—, en las obras de teóricos como Paineckik, Kropotkin o el Gramsci «consigüista», y sobre todo en el horizonte utópico que estimulaba a millones de seres humanos a derivar por el Sinaí capitalista hacia la tierra prometida: un paraíso utópico y autogestionario. Pero en fin, de nada sirve hacer paleontología crítica de la revolución rusa, la comuna de París o los anarquistas andaluces, porque sospecho que el interés actual por la autogestión responde a una lógica, ya no de la libertad y la autonomía humana, sino de la delusión de la eficacia.

Luego de finalizada la lectura del suplemento me siento como si hubiera visto el paisaje luego del diluvio milenario (terciarización y desindustrialización de la economía) o bien leído un análisis de la situación actual de la autogestión en la Argentina (surgingimiento de microunidades empresariales, empresas familiares, novedosas estrategias de reproducción de la clase obrera). En general, el corolario parece aceptar a la autoorganización económica como modalidad actual que adoptan ciertos sectores sociales para valorizar el capital, y siempre teniendo en cuenta la escenografía de crisis y desmontaje de la economía argentina. Estas prácticas autogestionarias adoptan entonces formas definitorias en el momento actual, difiriendo así de anteriores y primitivas experiencias que las adaptaron a objetivos de transformación social radical. No me refiero al intento del IPAS, ni mucho menos a la alegría que hoy suscitan de muchísimos abusos en que el estado resulta pivote de reorganización profunda del ordenamiento social, los vértices de poder, el Parnaso subulado desde donde modificar la forma del triángulo social —partidos mediante, voviléndolo aun más equilibrado y los partidos políticos los dispositivos exteriorizados que le instruyan a la base social sus comportamientos correctos, los intelectuales revaloricen una herramienta organizativa que se fundamente sobre la posibilidad de que los habitantes decidan y construyan sus propias organizaciones y derivas existenciales. Gran parte del informe es transmitido a través de un lenguaje técnico con anclaje en la sociología y la economía, que se potencia al intersectar con la descripción de la autogestión en cuanto que forma estructural, la cual pre-

ce no tener otros objetivos que permitir la supervivencia de las clases populares en esta época. Lo que yo quiero afirmar es que se trata de una práctica que no puede ser aisladada de objetivos políticos e ideológicos que intenten transformar nuestra sociedad a partir de un modelo socialista libertario. Y por otra parte, que la autogestión como forma de organización económica no puede ser analíticamente separada de su dimensión cultural, la cual organiza prácticas sociales y simbólicas poderosas de transformación social de nuestro presente.

La relación entre la autogestión como práctica organizativa de las clases populares (la cual es ordenamiento económico horizontal e igualitario pero también organización política autoritaria) y un cambio social novedoso no es directa, pero sí las «correas de transmisión» de tal vínculo crean condiciones de posibilidad para un tipo de decisión que solo comprometa y obligue a los que consienten a ese mecanismo decisivo, cuyas consecuencias sean controlables, y que no haga partícipes de tales consecuencias, aunque sean indirectas, a aquellos que no lo desean. La rotatividad en las tareas, la socialización del trabajo socialmente desgradable, la potenciación de la autoestima y las capacidades de decisión de los sujetos y simétricamente, el desprestigio de los criterios de autoridad —*aunque sean científicos*—, la evaluación de las opiniones de los expertos y técnicos a partir de las necesidades definidas por los participantes de la autogestión. En fin, el «económico» con que suele hablarse de la autogestión olvida estas prácticas simbólicas que atraviesan transversalmente a la misma.

Però hay dos aspectos que no quiero dejar de mencionar. El primero me lleva a pensar que la racionalidad de la autogestión, en tanto práctica de la autonomía y lógica de la libertad, no es adecuada a cualquier situación o para cualquier objetivo cultural: no existe posibilidad de organizar centrales nucleares autogestionarias, o fábricas de armamentos autogestionados, ni tampoco de organizar formas productivas descentralizadas y basadas para producir más eficientemente bienes para que ingresen en una sociedad consumista y fascinada con la alienación como es la nuestra. No se trata de un dispositivo que permite producir más y mejor, sino, por el contrario, de una modalidad que se inscribe en un orden social menor. La ontología subyacente a la autogestión: que sólo es posible de realizar en sociedades altamente descentralizadas, donde las metrópolis actuales consigan desurbanizarse lentamente extendiéndose en ciudades pequeñas a lo largo del territorio, con formas arquitectónicas que respeten necesidades lúdicas y espaciales más dignas al diseñar los *habitats*; que se trata de una modalidad que respeta la propiedad individual —aunque no sea sólo una estrategia política, sino la clave que permitiría poner en acto aquello de Marx de que «los hombres transforman sus condiciones objetivas de vida, y las condiciones de vida transforman a los hombres», operando de esta manera la fuerza de los eventos estelares como la revolución o la conquista del Estado para socialdemocratizarlo o para comenzar “el proceso hacia el proceso del proceso” de extinción del Leviatán. Es vínculo (o estrategia expansiva de esta práctica social con la mirada puesta en el Canán de libertades) que dedica una cantidad de tiempo y esfuerzo social significativamente menor al trabajo y la producción, sacrificando bienestar económico al estilo de los países desarrollados en aras de una existencia social más gratificante. La actual obsesión por la eficacia y el desarrollo ciberneticizado del país que desborda los discursos políticos oficialista y opositor no se hace cargo de que, habiendo tenido una identidad a medias, poco sentido tiene aspirar a un cuarto de postmodernidad, y de que la memoria, cambio de mentalidades y en el sistema de conocimientos de la población, que permite distinguirnos de la aforanza por el desarrollo de las fuerzas productivas, perdidas, es lo que permitiría que este país deje de ser una fotocopia borrosa del original. En esas paradojas donde la autogestión como modo de mutación cultural se transforma en un instrumento eficaz. En cambio, la autogestión sin socialismo, es una herramienta *ineficiente* para soñar con mayores libertades humanas.

En segundo lugar, la autogestión se opone al diseño estatal de políticas públicas *urbis et orbis*. En definitiva, gran parte del

fracaso de estas políticas se explica por su misma naturaleza centralizada, porque en el momento en que *instruyen* a la sociedad conductas esperadas, esta misma, por su naturaleza proteica y multiforme se resiste a esas instrucciones, generando efectos perversos o contraproductivos (Ilich). No se trata de una oposición esencialista de corte anarco, sino de la asunción gorbachoviana de que el estado funciona mejor si lo administran los soviets. Un modelo regionalista, que permite la organización de los sujetos a partir de idiosincrasias, necesidades, biografías y posibilidades locales, es la forma territorial y política adecuada a la autogestión económica. Pueden ser municipios, barrios, ecosistemas, comunidades locales, asociaciones de consumidores, etc. que pueden estar cruzadas por subculturas juveniles, formas de vida compartidas, o por el simple trabajo cotidiano, los cuales a su vez se intersectan en distintos dominios de interés.

No se trata de soñar con inmóviles paraisos libertarios o con la autogestión por decreto: porque no es una pocima mágica que promete felicidad instantánea, y al ser un modo de organización pensado a escala humana sólo sugiere mayores dificultades al poner a tantos sujetos en condición de iguales al tomar una decisión. Muy aun, la autogestión se asemeja a un palimpsesto complejo de ordenamientos sociales libertarios de complicada coordinación, pero ese es el precio probable de una sociedad más libre: el ser autogestionada menos eficazmente que otras naciones, las cuales de todas maneras no logran reducir la inflación, generar balanzas negativas o las interminables desdichas interétnicas africanas o libanesas.

H abrá mucho más para hablar sobre autogestión: que sólo es posible de realizar en sociedades altamente descentralizadas, donde las metrópolis actuales consigan desurbanizarse lentamente extendiéndose en ciudades pequeñas a lo largo del territorio, con formas arquitectónicas que respeten necesidades lúdicas y espaciales más dignas al diseñar los *habitats*; que se trata de una modalidad que respeta la propiedad individual —aunque no sea sólo una estrategia política, sino la clave que permitiría poner en acto aquello de Marx de que «los hombres transforman sus condiciones objetivas de vida, y las condiciones de vida transforman a los hombres», operando de esta manera la fuerza de los eventos estelares como la revolución o la conquista del Estado para socialdemocratizarlo o para comenzar “el proceso hacia el proceso del proceso” de extinción del Leviatán. Es vínculo (o estrategia expansiva de esta práctica social con la mirada puesta en el Canán de libertades) que dedica una cantidad de tiempo y esfuerzo social significativamente menor al trabajo y la producción, sacrificando bienestar económico al estilo de los países desarrollados en aras de una existencia social más gratificante. La actual obsesión por la eficacia y el desarrollo ciberneticizado del país que desborda los discursos políticos oficialista y opositor no se hace cargo de que, habiendo tenido una identidad a medias, poco sentido tiene aspirar a un cuarto de postmodernidad, y de que la memoria, cambio de mentalidades y en el sistema de conocimientos de la población, que permite distinguirnos de la aforanza por el desarrollo de las fuerzas productivas, perdidas, es lo que permitiría que este país deje de ser una fotocopia borrosa del original. En esas paradojas donde la autogestión como modo de mutación cultural se transforma en un instrumento eficaz. En cambio, la autogestión sin socialismo, es una herramienta *ineficiente* para soñar con mayores libertades humanas.

M ucho más importante resulta el mencionar esos aspectos desevidados de la autogestión, sin los cuales se convierte en otra más de las prótesis de la racionalidad técnica de la modernidad, aquella contra la cual alegaron desde un Weber a un Adorno. La autogestión, en su praxis cotidiana, impone un nuevo modelo de cultura a los mismos habitantes que la cons-

Christian Ferrer. Sociólogo. Docente de la UBA.

Frente a la falta de opciones políticas

Vamos a votar

Sergio Bufano

Frente a la pregunta de por quién votar, Bufano lanza el desafío de enunciar las opciones que tiene por delante el progresismo laico y una izquierda democrática. En adelante abriremos esta sección a un debate que es preciso encarar públicamente.

E l tema de las elecciones de 1989 se está convirtiendo en una cuestión inquietante. El sencillo acto de votar pone a muchas conciencias en el límite del pavor. La sensación de felicidad por llegaremos —la mayoría por vez primera—, a elecciones libres luego de un período constitucional completo, se diluye rápidamente porque —algunos— nos vemos encerrados en opciones que no nos satisfacen plenamente.

¿Quiénes son esos aliados?

Los que estamos convencidos de que sea quien fuere el partido triunfador en esas elecciones, los sectores humildes continuaran sufriendo las consecuencias de un orden económico que no los contempla más que como productores de bienes. No existe candidato que pueda garantizar que las capas postergadas, subsumidas económicamente y socialmente, avancen en su condición de fuerza social. Independiente de las ofertas de calidad de vida que las campañas publicitarias lanzarán dentro de pocos meses, todo indica que los sumergidos no va a mejorar su situación durante los próximos años.

Quién esto escribe no tiene ningún dinto que certifique que el peronismo tiene “mayor sensibilidad social” y por lo tanto una voluntad distributiva superior al radicalismo. Sin embargo, quien goberne, si es que goberna, pondrá en marcha un nuevo lapso de consolidación del sistema democrático, vale decir la conclusión lógica del proceso de transición que hemos conocido; si no cabe esperar “grandes soluciones” o mágicos flujos, a pesar de que el período de 1976-1985 ha dejado de serlo. Y desde 1973 indica que la distribución equitativa es el límite que le impone la carencia de recursos.

El radicalismo, a su vez, no se ha mostrado muy voluntario para pillar al menos relativamente ciertas injusticias que más que dinero requieren imaginación. Y nada indica que el candidato actual pueda ser más receptivo a ciertos cambios que si son posibles.

Desde la izquierda el panorama es desolador. Mientras esto se escribe una buena parte espera la definición de la interna peronista. Si Cáffaro es el triunfador, se pegarán al carro a cambio de escasas migajas. Si Menem es el candidato, tratarán de crear algún freno que la gente mantenga —entre todos, porque de otra manera es imposible—, la personería en algunos distritos. Con la consigna de liberación o dependencia, arriba los de abajo o incluso con los 25 puntos de la CGT, la izquierda se creará en condiciones de ofrecer una alternativa digna. El resultado lo conocemos porque lo hemos visto últimamente: serán sepultados —dentro de los sectores populares— por la indiferencia. Y obtendrán algunos votos de clase media intelectual. En estad de desorganización y envejecimiento, la izquierda no ofrece más que oportunismo.

Descartando a la derecha, precisamente por serlo, queda un alternativa: votar en blanco. Prácticamente en varias oportunidades, esta propuesta tuvo momentos de auge y decadencia. Pero en todos los casos fue impulsada como alternativa desde organizaciones políticas. No importa si es oportuna o no o hacerlo en cada caso: el hecho es

* *Cultura política.* El mismo criterio tendremos que aplicar en este plano. En una sociedad que todavía carece de tolerancia y que ha recurrido —en numerosas ocasiones— a la violencia y al dogmatismo como forma de acción política, la recuperación de normas y creencias basadas en la solidaridad y no en la confrontación es una necesidad de primer orden. El partido que garantice un mayor desarrollo de la cultura política deberá ser el que ejijamos.

* *No violencia.* Estrechamente vinculada con el punto anterior, la no violencia es un tema —sin embargo— que merece un aparte. La práctica de la violencia política, aparentemente, ha desparecido luego de cruzar la historia de la Argentina en muchas oportunidades. No obstante, los socialistas debemos estar previamente para impedir cualquier retorno al empleo de la fuerza. Sin duda este punto jugará un papel central en el momento de votar.

E xisten sin ninguna duda otros temas de importancia que serán decisivos en cuanto al partido a elegir. Sin embargo, los cuatro anteriores mencionados, creo, son los más destacados para facilitar la formación de una fuerza socialista que pueda ofrecer, en un futuro cercano, una opción de izquierda a la sociedad.

A nadie podemos culpar por la falta de opciones políticas. Las cosas existen con el reto de la sociedad. Nos guste o no, ésta es la oferta pública que hay en Argentina. Y es de esa oferta que tendremos que elegir para consolidar un proceso que se sigue hace muy poco tiempo y que todavía falta fortalecer.

Al día 11/IV/1988
PUNTO DE VISTA
REVISTA SOBRE LA
DEBATE SOBRE LA
DEMOCRACIA Y LA MODERNIDAD
POLÍTICAS CULTURALES
SEPARADA
Cornelius Castoriadis
Transformación social y creación cultural

Carta a LA NACION

Incluimos esta carta enviada por nuestro colaborador al diario *LA NACION* y que fue publicado. Héctor Leis opina —como ciudadano y como profesor universitario— sobre un tema que motivó hasta un editorial de ese periódico, que pasa por ser un severo rétiro campeón de la libertad de expresión. El prefijo teórico del contenido subversivo que el Unión Industrial Argentina creyó describir en un texto universitario. En el número inicial de *La Ciudad Futura* debimos publicar una declaración de Juan Carlos Portantier que desmentía algunos graves errores de información usados por el Sr. Cadorn y que, como parece ya ser un hábito, *LA NACION* se negó a publicar. Tal vez haya

que llegar a la conclusión que la libertad de expresión que defiende *LA NACION* se detiene precisamente allí donde se obietan sus maneras, no tan honestas como quiere hacernos creer, de manipular la información.

J. A.

Buenos Aires, 31 de mayo de 1988.
Sr.
Director de *LA NACION*
Dr. Bartolomé Mitre
S/D

De mi mayor consideración: En la edición del 24 de mayo, su diario reproduce conceptos del presidente de la Unión Industrial Argentina en donde se condena el uso de un texto en una de las catedrales del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires. La condena llega al extremo de afirmar que se estaría realizando un “lavado de cerebro” en un número considerable de alumnos. El carácter de esta acusación me permite suponer que ella se hace en defensa de la libertad. A los efectos de eliminar uno de los tantos malentendidos que aquejan a nuestra comunidad me atrevo a llamar la atención hacia un texto de Kant de 1784 (*¿Qué es la Ilustración?*). Dice allí el viejo filósofo liberal alemán: “Mediane una revolución acaso se logrará derrotar el despotismo personal y acabar con la opresión económica o política, pero nunca se conseguirá la verdadera reforma de la manera de pensar, sino que, nueve prijuicios en lugar de los antiguos, servirán de riendas para conducir al gran tropel. Para esa ilustración no se requiere más que una *cosa, libertad*, y la más inocente entre todas las que llevan ese nombre, a saber: libertad de *hacer uso público* de la propia razón en todos los ámbitos”. Siguiendo a Kant, pregunta ahora: “¿Qué cosa está haciendo el autor del texto considerado sino ejerciendo la libertad de pensamiento?” La respuesta es que el autor del texto considerado es el profesor de la Universidad de Buenos Aires que hoy es la oficina pública que hay en Argentina. Y es de esa oferta que tendremos que elegir para consolidar un proceso que se sigue hace muy poco tiempo y que todavía falta fortalecer.

Héctor Ricardo Leis
Profesor regular de la
Universidad de Buenos Aires
y de la Universidad Nacional de Rosario.

Debate sobre la izquierda

La izquierda en tres tiempos

milio de Ipola

I. Introducción: viejos y nuevos topos

Si algo caracteriza el debate actual sobre los contenidos y las perspectivas del socialismo en la Argentina es el hecho de que casi todos los que participamos en él damos por sentada una misma definición de lo que llamaré la "topología" de las opciones políticas. Esta topología es concebida de acuerdo con un enfoque bastante lineal; como una suerte de espacio continuo en el que se ubicarían, a modo de hitos de un camino ya trazado, las diversas corrientes: extrema izquierda, izquierda, centro, derecha, extrema derecha. Términos más o menos, esas denominaciones cubrirían todo el espacio político y serían encarnadas —aunque en nuestro caso con importantes distorsiones— por los diferentes partidos y organizaciones conocidas.

Ahora bien, sobre esta base, quienes nos denominamos "socialistas" buscamos lógicamente convencernos unos a otros de que la concepción propia es la única válida y la de nuestros interlocutores inampliablemente errónea. Pero en ningún caso interrogamos la topología previa que posibilita y condiciona nuestro debate. Me pregunto si, por eludir esa interrogación, no eliminamos de entrada toda posibilidad de una discusión responsable. Y me pregunto sobre todo si, en tanto socialistas que no hemos renunciado, como muchos otros, a la lucidez, podemos todavía contemplar sus con categorizaciones tan claramente ineptas.

A modo de ensayo inicial, intentaré complejizar mínimamente la topología de la referencia. Para ello pediré que me conceda la inclusión de una pareja de conceptos amplia y diversamente utilizada –“anacrónico” vs. “moderno”–, a la que en este caso recurrida para cortar transversalmente la trifida “izquierdista”, “centro” y “derecha”.¹ Pido entonces que se acepten (hasta que desarrolle mis argumentos) las siguientes alternativas como posibles: izquierda anacrónica/izquierda moderna; centro anacrónico/centro moderno; derecha anacrónica/derecha moderna.²

Antes de proseguir debemos aclarar el sentido con el que utilizare aquí, por no haber encontrado otros mejores, los términos "moderno" y "anacrónico". Es el siguiente: calificare de "moderna" a toda corriente o partido político que en sus planteos fundamentales reconozca: (a) la realidad histórica y la trascendencia de la llamada "tercera revolución industrial" en los planos tecnológico, socioeconómico y político; (b) la profunda y prolongada crisis por la que atraviesa la economía mundial, con sus características específicas y, en el caso de países como la Argentina, con sus efectos "potenciadores" respecto de la crisis -o, mejor dicho, el agotamiento- del modelo de acumulación vigente en ellos; (c) el carácter épocal, y no coyuntural, de la revalorización de la democracia en los países de Occidente americanos y europeos, capitalistas y socialistas; (d) la depreciación de los regímenes inspirados, durante el siglo veinte, en las grandes ideologías clásicas -por ejemplo, el comunismo socialista del Este- y el consiguiente caducidad de éstas; (e) el alcance de la burguesía.

que nacen de la necesidad de adaptarse a los cambios que se producen en el mundo. No es que no existan, pero son pocos y, en general, tienen una duración más corta.

Dicho esto, precisare que, en mi opinión, una corriente o partido de izquierda sólo pueden merecer el calificativo de modernas si satisfagan además muchas otras

diciones. En primer lugar, reiteraré el papel histórico de la izquierda —para el que puede fracasar o triunfar y “misión” ineluctable— ha sido y sigue constituyendo en el poder defensivo y nutritivo de los desfavorecidos, incrementar libertades efectivas de dichos sectores, curar, obtener para ellos los derechos hoy son privativos de los privilegiados y en fin, buscar los medios de eliminar la injusticia de todo tipo.

Sin duda, algunos de estos objetivos, la medida en que constituyen un patri-
monio histórico del socialismo, son enar-

anacrónicos, protomodernos y modernos

tercera vía que claudicaría a la vez los peligros del stalinismo y las claudicaciones de la socialdemocracia.

El hecho fue que esa ilusión no duró mucho tiempo. Parramo señala que la explotación de la decadencia del eurocomunismo se encuentra en la índole misma del proyecto que encarnaba y que suponía conciliar una política reformista con una óptica global que, al final, no se adaptó a las transformaciones revolucionarias —siguió fuese a largo plazo. En cuanto a los partidos socialistas y socialdemócratas, hegémónicos desde hacía tiempo en los países escandinavos y más recientemente también en el sur de Europa (Grecia, España, Portugal,

Lo que llamé, en términos muy amplios, "querida moderna" surgió en la forma de revisión brutal y casi exclusivamente ideológica de convicciones que la realidad había ido desmitiendo sistemáticamente, sobre todo a partir de los '70: la vigencia ideológica y política del marxismo-leninismo, el carácter progresista de los regímenes Este, la concepción instrumentalista de la democracia, el centralismo "democrático" de las organizaciones proletarias, el economismo como teoría y como práctica.

Eos cuestionamientos florieron a partir de fenómenos políticos y sociales

confirmación. A una gran alerta posterior se sumó la invasión de Hungría en 1956, la revolución soviética de 1957 y la explosión nuclear de la bomba atomica de la Unión Soviética en 1959, y, en varias ocasiones, el aumento de la violencia de la resistencia popular. La dictadura militar, durante los '70, que llevó al asesinato de Salvador Allende y del maestro, la Revolución Popular, la invasión de Campuchia por Vietnam y Laos, sin olvidar las atrocidades cometidas por las fuerzas reveladas también en Argentina, la izquierda latinoamericana, derrotada por la derrota y la muerte de Allende, y en Europa, en los años de los '70, trágicos para Chile en 1973, con el golpe de Pinochet y el asesinato de la Unidad Popular, y el régimen de Augusto Pinochet; los siguientes, la del asesinato de 150 militares peruanos grupos guerrilleros y las fuerzas de la izquierda que habían surgido en las finales de los '60 en Argentina, y la implantación de la dictadura militar en Uruguay.

duras militares en estos dos últimos. Duras decepciones que, promediada década, y aún antes, dieron lugar a un autoexamen crítico por parte mayoritaria de los militares y organizaciones de izquierda latinoamericanas. Quiero referirme a esos procesos de análisis en las izquierdas de ambos continentes, ya que a través de ellos se fue profundizando la izquierda moderna, o mejor, la primera versión de esa Izquierda contemporánea, que incluye tanto la izquierda clásica, llamada "radicalizante",³ como el Partido que ha hecho un cetero análisis de la génesis y posterior decadencia de la izquierda en Europa, y en particular Francia e Italia durante los años Parraño, 1985 y 1987). Su expresión visible, aunque no única, fue sin duda eurocomunismo. El eurocomunismo surgió como una innovación de los movimientos, alejados por las crudas realidades que exhibía el Este y la necesidad de secularizar —aunque tardíamente— la política que se tornaba cada vez más verosímil en la Occidente Popular en tanto, junto a la urgencia de ofrecer una respuesta al talmúdica a la crisis económica.

vista de exposiciones básicos, la conferencia, el Estado y la crisis y en fin, las

tesis acerca de los sujetos juzgagónicos" de los cambios socio-
políticos:

lo referente a la
ción de la política:

zquierda anacrónica se ha apoyado sobre una concepción heroica, materialista y trascendental de la política. Los sueños de que se alimenta remiten imágenes de la toma de la Bastilla y el Palacio de Invierno, de la Larga Marcha

desembarco del Gramma. Los argumentos de su ideología consisten esencialmente en transformar esos sueños en leyes científicamente garantizadas. De ahí el impermeable optimismo y la convicción casi religiosa de los militantes de esa senda. Aún hoy en día esa impermeabilidad que ningún fracaso puede quebrar —fe que nada, y menos aun las "apariciones" de la realidad presente, puede oír— sigue siendo la marca de la fábrica corriente política.⁴

La izquierda proto-moderna cuestiona el infantilismo y la mitología de esas ideas. Muy sensible al peso de los años, más dispuesta a reconocer las amonencias de la realidad y a rectificarse, saludablemente, en puntos importantes, monótonas certezas que se allanaron en el discurso repetitivo de la izquierda convencional. En la brecha así abierta, otras formas de interrogar la realidad socializan y situarse en ella encuentran ocasión de expresarse. Ocurre, sin embargo, que este tipo de izquierda proto-moderna no va mucho más allá de promover y alentar esa operación de apertura. Y no va mucho más allá de querer, para enfrentar el problema principal, un dinámico y constructivo "responde a". La izquierda a la que la izquierda analítica responde "no", es, en sostener que lo que no es "auténticamente" revolución es y que la verdadera revolución es de "otra" manera; en hacer ver las limitaciones que acarrea ser flexible y abierto, a las desenfriadas de ser inflexible y rígido; y también, a riesgo de ser acusada de reformista, en los seguros redos pacíficos frente a los amenazas catástrofistas de la irrevocabilidad.

os resultados de la impaciencia. De allí que comparta con la izquierda únicamente ciertos supuestos básicos; el dualismo de la política (clara esto, no arriamente heroica ni petardista) como posición superior del quehacer humano; la omnipotencia de una línea políticamente "revolucionaria" (lo que no significa cerrar los ojos a la realidad); el del terreno fundamentalmente contestatario, activo, de una justa política de izquierdas, en la cual no quiere decir limitarse a protestar contra el "enemigo"; en fin, el protagonismo (no "mesianicó", pero, indudablemente) de una cierta categoría social: la clase obrera, o, en versiones más leves, los "trabajadores".

Es por el contrario la crítica decidida
que supuestos lo que caracteriza a la
erda moderna en sentido estricto.⁵ Es-
tima se define por ser:

a) **teórica y prácticamente reformista.** significa no sólo que "opta" por una etapa gradual, legítimada y no violenta transformaciones sociales, sino también que esa que camino es, en último instante, el **únicamente** realmente eficaz a corto plazo. Sostiene, para hablar con precisión, que la antinomia "reforma-revolución" plantea una falsa alternativa y sólo es defendible —naturalmente, los "revolucionarios"— al precio de ir una concepción mágico-religiosa, tancenteña y, en el fondo, autoritaria

los cambios históricos;

(b) *partidaria de una concepción no comprensiva y menos aun omnipotente de la política.* No sólo admite los deseos de quienes piensan que todo es ésta, sino que comparte globalmente el mito. El hiperalterismo, la subordinación de todo el trabajo, el tiempo de las costumbres, las preferencias y las opciones sexuales) al imperativo político son para ella los cimientos sobre los que se apoyan los diversos fanatismos y todas las formas de expresión autoritaria: Esencia conciencia de los límites de la política explica su desconfianza respecto de los políticos profesionales que llaman a sus objetivos son "la felicidad del pueblo y la grandeza nacional".



La izquierda moderna es, al respecto, menos ambiciosa, pero también más lúdica: sostiene que ningún gobierno ni sistemático político, por progresistas que sean, pueden "dar la felicidad" a nadie y que si algo como la felicidad existe, cada uno de nosotros ha de construirla a su medida. En cuanto a la "grandeza nacional", digamos simplemente que preferir evitar esas gran-dilucciones verbales;

(c) por último, la izquierda moderna no cree en el carácter obligatoriamente "destructivo" de una buena línea política de izquierda, ni en el protagonismo *a priori*, mesiánico o no, de ninguna categoría de actores. Pero estos dos puntos, por cierre fundamentales, serán abordados más adelante.

2. En lo referente a la concepción de las relaciones entre Estado y sociedad:

La izquierda proto-moderna, pese a incluir en sus plantones niveles e instancias de participación ciudadana —y de ser menos hostil que la anarquista a la idea de sustraer al Estado funciones excesivamente onerosas— continúa siendo partidaria de la concentración de las decisiones principales en el Estado. Sobre ese punto, permanece tributaria, como la izquierda anarquista, de una concepción muy alejada, aún si aderezada de referencias a Lenin, a Keynes o a F. D. Roosevelt, del papel del Estado. La teoría clásica del Estado pensaba a este último como protector de los derechos y garante de la seguridad pública. La concepción del "Estado beneficiario" es, en ese sentido, una extensión y una profundización



de ellas en lo que Rosavallón llama una "crisis de las representaciones del futuro" (35). Más adelante me referiré a algunas de las consecuencias de esa carencia.

3. En lo que se refiere a la política económico-social:

La izquierda proto-moderna, si por una parte reconoce la realidad de la actual crisis económica y los espantosos problemas que ella plantea, por otra adopta la actitud sistemática (y sintomática) de sostener ante cualquier dificultad que, por poco que los poderes se lo propongan, existen siempre un método fácil y, por añadidura, inmediatamente favorable a las clases populares para superarla. Ello deriva del hecho de que, a pesar de su "agigantamiento" político e ideológico global, conserva en lo referente a la política económico-social lo esencial de la izquierda clásica: la ética y las ideas y objetivos de la izquierda clásica —sobre todo cuando ésta assume posiciones de goberno—, a saber, desarrollo a nivel económico, redistribucionismo en el plano social e incremento del bienestar general, en particular, de los sectores desfavorecidos, a través de los servicios públicos. No menos clásicos son los medios que proponen para alcanzar esos objetivos: (a) nacionalizaciones, (b) incremento de los ingresos públicos por vía fiscal y (c) planificación estatal como base del ordenamiento de la economía.

Ahora bien, curiosamente estos "nostalgias keynesianas" no se presentan nunca bajo la forma de un programa positivo de medidas concretas, con sus pasos previstos y sus respuestas planeadas a los obstáculos que, previsiblemente, deberá afrontar. Ellas funcionan más bien como un modelo global de referencia para el feliz ejercicio de la crítica a las políticas efectivamente adoptadas. Es entonces natural que se evite dar a ese modelo una figura definida, traducible en políticas efectivas. Como la anarquista, la izquierda proto-moderna tiene, por sobre todo, vocación crítica. Este tema, al cual adjudicó una importancia capital, será retomado más adelante.

En cuanto a la izquierda moderna sus propuestas parten de tono en serio, aun en su nivel de generalidad, de abstracto, las propuestas de la izquierda proto-moderna, para mostrar —más allá de algún acuerdo parcial, por ejemplo, sobre la política fiscal— la inutilidad de estas últimas y la absoluta necesidad de un enfoque diferente. En primer lugar, cuando, como es el caso en Argentina, se ha heredado de la izquierda moderna un sobredimensionamiento como ineficiente, las nacionalizaciones dejan de ser un medio apto para incrementar el bienestar colectivo. (En ese sentido las aportes de Paramio, con la izquierda moderna. El proyecto de una sociedad progresivamente más autónoma y de las interacciones sociales atendiendo a rasgos formales, pero no a figuras claramente identificables de ese futuro, en primer lugar, porque es difícil entender la idea de que la sociedad como tal posea autonomía sin restablecer de algún modo —transfiriéndole a la sociedad— ese "halo mágico" que, según vimos, la izquierda anarquista concurre al Estado; en segundo, porque la idea de igualdad, en la medida en que no es ampliable a la de "igualdad" —que se pretende a confirmar—, no es más que un error. En ese sentido, la izquierda proto-moderna está lejos de ignorar este hecho, pero asumido por el exceso amaneciente de las ideas liberales, e incapaz de imaginar una solución creativa a los atolladeros del Estado beneficiario, vuelve a refugiarse, cuando las papas queman, en el estatalismo tradicional de la izquierda anarquista.

los aportes de Paramio, con la izquierda moderna. El proyecto de una sociedad progresivamente más autónoma y de las interacciones sociales atendiendo a rasgos formales, pero no a figuras claramente identificables de ese futuro, en primer lugar, porque es difícil entender la idea de que la sociedad como tal posea autonomía sin restablecer de algún modo —transfiriéndole a la sociedad— ese "halo mágico" que, según vimos, la izquierda anarquista concurre al Estado; en segundo, porque la idea de igualdad, en la medida en que no es ampliable a la de "igualdad" —que se pretende a confirmar—, no es más que un error. En ese sentido, la izquierda proto-moderna está lejos de ignorar este hecho, pero asumido por el exceso amaneciente de las ideas liberales, e incapaz de imaginar una solución creativa a los atolladeros del Estado beneficiario, vuelve a refugiarse, cuando las papas queman, en el estatalismo tradicional de la izquierda anarquista.

Por el contrario, para la izquierda moderna ningún sector social tiene derechos innatos o adquiridos sobre el devenir histórico. Este punto de vista no la lleva a la fácil actitud de limitarse a tomar conocimiento de la "desimilación" de los sujetos sociales. Prefiere más bien abstenerse seriamente de posturas apriori; por eso mismo, no rechaza "oficio" la tesis de que, en determinados países y en ciertas situaciones históricas, la dinámica de las transformaciones sociales que justifica posibles basarse principalmente en la acción de tal o cual sujeto colectivo —campesinos, mujeres, intelectuales, obreros, etc. Pero, de todos modos, se trata para ella de una cuestión empírica y no de una supuesta necesidad histórica. Desde su punto de vista, ningún actor social, individual o colectivo, tiene *per se* la propiedad privada del futuro.

III. La responsabilidad de la crítica

Las consideraciones precedentes dan razón —pero una razón que se anula a sí misma— a quienes detractan a la izquierda moderna "acusándola" de posibilitaria y de realista. Ambos adjetivos pueden perfectamente ser asumidos por la izquierda moderna, a condición de que se despoje de los significados peyorativos y críticos que en el debate político convalejan. "Posibilitista", la izquierda moderna admite serlo, al tiempo que se pregunta por qué, para ser auténticamente izquierda, sería indispensable que propusiera para todo problema soluciones imposibles (Flisich, 27). En cuanto a la acusación de "realista", si se respeta la condición estipulada, resulta claro que esa calificación es ampliamente redundante respecto de la anterior; en todo caso, ese realismo puede ser tanto la denuncia acuciante de que las propuestas de quienes prometen soluciones mágicas o de quienes esconden su impotencia o negan la posibilidad "miraculante" a aceptar las transformaciones históricas más evidentes (y a hacerse cargo de ellas en el plano político) trae la realización ampulosa y autoconvenciente de supuestas posiciones "revolucionarias".⁶

Esta "modestia" de la izquierda moderna es indiscutible de una concepción quizás también modesta, pero sin duda responsable, del compromiso político. Ella se expresa, ante todo, en la manera en que la izquierda moderna, y sus intelectuales, asumen la tarea, por cierto indispensable, de la crítica política. En tal sentido, uno de los síntomas más notorios de la alienación y la heteronomía de la izquierda anarquista —y en buena medida de la proto-moderna— es su necesidad cada vez mayor de desvinculación de las realidades económicas, sociales y políticas del mundo contemporáneo. El desconocimiento, en efecto, es altamente funcional para un ejército ejemplar, supuestamente radical, de la crítica. Por una parte, permite acusar sin las molestias que convaleva la probar la veracidad de las imputaciones que hacen a hoy y por otra —posteriormente— permitir, o bien no sentirse obligado a proponer nada, o bien proponer soluciones "definitivas" sin necesidad de justificárlas ni de demostrar su viabilidad. "Cambiar el sistema", "transformar de raíz la economía", "liberarnos de todo lo que he llamado izquierda anarquista" (Partido Comunista, MAS y algunos otros, más bien gropusculares) e izquierda proto-moderna (Partido Intransigente y Partido Socialista Popular). La izquierda anarquista carece de peso real en la escena política —y está perdiendo el peso que tenía en la cultural. La proto-moderna tiene en cambio una presencia efectiva en ambas. Sin embargo, su predicamento tiene la extraña particularidad de verse constantemente amenazado... desde

tal punto, sus denuncias no sean una simple artimaña para sacar fáciles réditos políticos o para la tranquilizante práctica de la demagogia, sino una ocasión de mostrar a sus adversarios —incluso a quienes ejercen el gobierno político— que hay otras medianías mejores que las adoptadas, que ellas son viables, aunque requieran audacia y afecten intereses, y, en fin, que el socialismo tiene, no sólo la imaginación y la competencia para proponerlas, sino también, llegado el caso, la resolución y la ideoneidad para implementarlas con éxito.

Quisiéramos concluir este inventario de diferencias abordando un último tipo de respecto del cual, en mi opinión, las diferencias entre la izquierda proto-moderna y la moderna alcanzan su punto máximo.

Según hemos visto, la izquierda proto-moderna se instala, como la anarquista, en una casi exclusiva posición de contestación, esto es, se limita a cuestionar, con mayor o menor énfasis según los casos,



"el estadio de cosas existente" en cuanto a los términos positivos de su planteamiento, tiende naturalmente a ubicarlos en el plano de la utopía —y no de políticas concretas para implementarlas—.

La izquierda moderna, por su parte, sin renunciar a la denuncia del *status quo* y de las inequidades que éste tolera y, en particular, a los que cabe llamar interlocutores privilegiados de su discurso, la actitud irrenunciable de quienes prometen soluciones mágicas o de quienes esconden su impotencia o negan la posibilidad "miraculante" a aceptar las transformaciones históricas más evidentes (y a hacerse cargo de ellas en el plano político) trae la realización ampulosa y autoconvenciente de supuestas posiciones "revolucionarias".⁶

Esta "modestia" de la izquierda moderna es indiscutible de una concepción quizás también modesta, pero sin duda responsable, del compromiso político. Ella se expresa, ante todo, en la manera en que la izquierda moderna, y sus intelectuales, asumen la tarea, por cierto indispensable, de la crítica política. En tal sentido, uno de los síntomas más notorios de la alienación y la heteronomía de la izquierda anarquista —y en buena medida de la proto-moderna— es su necesidad cada vez mayor de desvinculación de las realidades económicas, sociales y políticas del mundo contemporáneo. El desconocimiento, en efecto, es altamente funcional para un ejército ejemplar, supuestamente radical, de la crítica. Por una parte, permite acusar sin las molestias que convaleva la probar la veracidad de las imputaciones que hacen a hoy y por otra —posteriormente— permitir, o bien no sentirse obligado a proponer nada, o bien proponer soluciones "definitivas" sin necesidad de justificárlas ni de demostrar su viabilidad. "Cambiar el sistema", "transformar de raíz la economía", "liberarnos de todo lo que he llamado izquierda anarquista" (Partido Comunista, MAS y algunos otros, más bien gropusculares) e izquierda proto-moderna (Partido Intransigente y Partido Socialista Popular). La izquierda anarquista carece de peso real en la escena política —y está perdiendo el peso que tenía en la cultural. La proto-moderna tiene en cambio una presencia efectiva en ambas. Sin embargo, su predicamento tiene la extraña particularidad de verse constantemente amenazado... desde

tal punto, sus denuncias no sean una simple artimaña para sacar fáciles réditos políticos o para la tranquilizante práctica de la demagogia, sino una ocasión de mostrar a sus adversarios —incluso a quienes ejercen el gobierno político— que hay otras medianías mejores que las adoptadas, que ellas son viables, aunque requieran audacia y afecten intereses, y, en fin, que el socialismo tiene, no sólo la imaginación y la competencia para proponerlas, sino también, llegado el caso, la resolución y la ideoneidad para implementarlas con éxito.

Hay más. En un momento como el actual, en el que distintos sectores de la izquierda en su conjunto están abocados, no sólo teórica sino también prácticamente, a un examen crítico de sus puntos de partida, de sus posiciones y de sus objetivos —y, sin duda, el debate abierto por la LA CIUDAD FUTURA es una de las manifestaciones de ese autoexamen— cobra mayor importancia que una sola afirmación doctrinaria: la moderna alcanza su punto máximo.

Según hemos visto, la izquierda proto-moderna se instala, como la anarquista, en una casi exclusiva posición de contestación, esto es, se limita a cuestionar, con mayor o menor énfasis según los casos,

dentro de ella misma. El caso del PI es en tal sentido ejemplar. Vislumbrado como un atractivo polo para el conjunto de la izquierda a comienzos de los '80, tuvo rápidamente que moderar sus eufóricas expectativas a ratiz de sucesivos conflictos y deserciones internas. En la actualidad, el principal clivaje pasa por una línea dominante de corte nacional-populista que (vía el apoyo "de principio" al protagonismo obrero y popular) se apresta a respaldar con su voto al personaje renovador y una línea de izquierda doctrinariamente más radical y ortodoxa. Una y otra corrientes levantan valores caros a la izquierda proto-moderna. Que entren en conflicto deviene el síntoma de una crisis de dicha izquierda.

En cuanto a la izquierda moderna, aparentemente su presencia es escasa y muy dispersa. Se manifiesta sobre todo —exclusivamente— en grupos intelectuales y en algunos sectores del Partido Socialista De-

partamental, sus planteos de las izquierdas anárquica y proto-moderna —no implican la negación, sino por el contrario la implantación efectiva del pluralismo en el seno de la izquierda?

Hay más. En un momento como el actual, en el que distintos sectores de la izquierda en su conjunto están abocados, no sólo teórica sino también prácticamente, a un examen crítico de sus puntos de partida, de sus posiciones y de sus objetivos —y, sin duda, el debate abierto por la LA CIUDAD FUTURA es una de las manifestaciones de ese autoexamen— cobra mayor importancia que una sola afirmación doctrinaria: la moderna alcanza su punto máximo.

Según hemos visto, la izquierda proto-moderna se instala, como la anarquista, en una casi exclusiva posición de contestación, esto es, se limita a cuestionar, con mayor o menor énfasis según los casos,

NOTAS

1. No se me escapa que, con relación a la forma habitual en que es pensado el espacio político, la "transgresión" que nos hemos permitido aquí es más bien la de pensar que el espacio que nos rodea tiene la dimensión crítica de las posiciones. De todos modos, introduce una ligera alteración en la concepción tradicional de espacio que —a condición que se le atienda la nota (7)— es suficiente para los fines de este artículo.

2. La izquierda anarquista posee varias y estrechas similitudes: Leopoldo García, Manuel de Amorós, Guillermo Fernández Gil (en contraste con los exponentes clásicos de la ultraderecha fascista, civil y militar). La derecha moderna asume, además en algunos altavoces democráticos y en el desarrollo de ciertos debates (de Medina a Alfonso, Vidal de la Blanca, Monzón, Amador, pertenecientes a la UCD), período realizado por el *revival* del liberalismo, pero globalmente conservador y fundamentalista. En el centro anarquista se inscriben, entre otros, el sembrador de la UCD, José María Martínez, el de Podemos, Begoña Gómez, y las 62 organizaciones excluidas, por imprecisión, al menemismo; al centro moderno, la mayoría del sector renovador del peronismo y del Movimiento de Renovación y Cambio de la UCD. De las izquierdas hablaremos abundantemente en el artículo final.

3. Las denominaciones "anarquista", "proto-moderno" y "moderno" no tienen, ni quieren tener, otro dominio de validez que el de este artículo.

4. Un ejemplo que cabría llamar patético si no fuera que también una muestra de ceguera (y de contradicción) ideológica ofrece el discurso obtuso de la izquierda moderna.

5. Añadido así para dar una vez más énfasis a "sentido estriado" para evitar posibles confusiones con la izquierda proto-moderna. Esta última, en mi opinión, una línea política transicional (en sentido teórico, no histórico) entre la izquierda anarquista y la moderna.

6. Ver *El Porteño*, Núm. 72, diciembre de 1987, pp. 61 y ss.

7. Una de las razones que, así expresada, la filosofía es clara, pero en el fondo errónea. Habría que decir, para ser más exactos, que, para la izquierda moderna, el llamado "centro" moderno es, en términos rigurosos, más que la izquierda moderna.

8. Ver *Le Monde diplomatique*, octubre de 1987, pp. 11 y ss.

9. Añadido así para dar una vez más énfasis a "sentido estriado" para evitar posibles confusiones con la izquierda proto-moderna. Esta última, en mi opinión, una línea política transicional (en sentido teórico, no histórico) entre la izquierda anarquista y la moderna.

10. Ver *El País*, Núm. 72, diciembre de 1987, pp. 61 y ss.

11. La izquierda moderna es clara, así expresada. La filosofía es clara, pero en el fondo errónea. Habría que decir, para ser más exactos, que, para la izquierda moderna, el llamado "centro" moderno es, en términos rigurosos, más que la izquierda moderna.

BIBLIOGRAFÍA

- Jordi Borja: "La izquierda: experimentar nuevas formas, avanzar nuevas ideas", en *Leyendas*. II época, núm. 18, Madrid, invierno 1988.
Alberto Rodríguez: "La izquierda y el compromiso democrático", FLACSO, Santiago de Chile, 1987.
Ludolfo París: "La izquierda europea ante la crisis de identidad", 1985, mimeo.
Pablo Páramo: "Tradición y dialipsis", ensayo de posmarkismo, *Leyendas*. II época, núm. 29/30, Madrid, otoño-invierno 1987.
Pierre Rosavallón: *La crise de l'Etat-providence*. Seuil, Paris, 1981.

Conversación con Alfredo Bravo

“Los socialistas nos hemos cerrado el camino”

Javier Franzé

Por qué eligió el Partido Socialista Democrático para reingresar en la militancia orgánica?

Porque es el partido que, con sus más y sus menos, ha mantenido la continuidad histórica del tronco original y sus estructuras orgánicas. Esto no me inhibe de señalar que sus circunstancias conductores cayeron, en innumerables momentos, en un eclipse ideológico, en un pragmatismo contrario al idealismo socialista y asumieron posturas que desvirtuaron la teoría científica que diera origen. Durante algo más de dos décadas, y a raíz de una tácita expulsión, permanecí fuera de su ámbito. Las experiencias que realicé junto con otros compañeros, me llevan hoy a la conclusión de que la unidad y el fortalecimiento ideológico no se logran con el aislamiento en pequeños grupos, siempre orientados a la propia formación, por un purismo soberdementesional. Así como que lo perfecto es enemigo de lo muy bueno, la ausencia absoluta esteriliza cualquier lucha en la búsqueda de la verdad, como producto del esfuerzo colectivo, solidario y fraternal. El porqué de la elección se puede encontrar, también, en que el Partido Socialista Democrático, al abrir sus puertas, nos invitó a integrarlo, nos reconoció nuestra antigüedad partidaria y nos colgó en igualdad de condiciones con el resto de sus affiliados. Si a esto le sumamos la decisión de producir un cambio que conforme las expectativas que, sobre las acciones partidarias, esperaba la opinión pública; la neutralización de los viejos y encendidos fantasmas por efectos de una actualizada realidad política y la no presencia de nubos de aquellos que hicieron del socialismo un dogma y negaron el debate escalofriador, tendremos configurados los elementos que nos alejaron a tomar dicha resolución. Además, como el reencuentro entraña la posibilidad de trabajar con los compañeros en la proyección del socialismo, resulta lógico que las dudas y los prejuicios cedan su lugar a la esperanza y que el Partido vuelva a ser lo que nunca debió dejar de ser.

¿Cuál divisa del '58 no persiste aún, en tanto el discurso del Partido Socialista Popular, más nacionalista que de izquierda, y así más cercano al peronismo, difiere del que enunció el Partido Socialista Democrático, más próximo a la socialdemocracia y así más lejano del peronismo?

Antes de responder la pregunta, quiero manifestar mi desacuerdo con el uso de étiquetas o rótulos que, por su sentido general, no permiten caracterizar correctamente lo que se es y cuáles son las esenciales diferencias que distinguen el accionar político de los partidos.

En la actualidad, la deformación conceptual de los vocablos muy caros a la izquierda y su apropiación interesada por la derecha, han introducido una gran confusión que resulta difícil desenraizar al ciudadano.

Por eso, es conveniente aclarar, primero: que el socialismo no es peronismo ni el peronismo es socialismo. La existencia de ambos partidos nos indica la razón de la pertenencia y la perdurableza de cada uno como tales. Segundo: la creación del Partido Socialista Popular fue producto de los profundos y marcados desencuentros que produjeron las sucesivas divisiones.



Tercero: el Partido Socialista Democrático y el Partido Socialista Popular celebraron un acuerdo con vistas a la unidad orgánica. Por mi parte, me atengo los documentos y, consecuentemente, no avvertí ninguna aprehensión fuera de lo orgánicamente establecido. Cuarto: el socialismo verdadero y no el que sustituye la “c” por la “z”, también lo asume el socialismo democrático en todo aquello que define la identidad del país, la defensa de la soberanía integral y la independencia de todo poder extranjero. Quinto: el Partido Socialista Democrático es un partido de izquierda. No está ubicado en el centro liberal económico con que se difraza el más rancio conservadurismo. Sexto: la doctrina socialista no es propicia al populismo demagógico ni al reformismo gatopardista que posibilita el statu quo. Se nutre y representa los intereses de la clase trabajadora. Séptimo: el socialismo, por lo tanto, es popular porque nace del seno del pueblo. La mejor definición del término “popular” la encontramos desde 1896 en los documentos fundacionales del Partido. Octavo: la unidad suscripta entre el Partido Socialista Democrático y el Partido Socialista Popular tiende a conformar un solo partido sin aditamentos y donde puedan confluir todos los socialistas, affiliation o no. Como ésta es una aspiración sentida y practicada hasta la fecha, será el tiempo el que demuestra si es cierto o no el sentido impreso en la pregunta.

En su ilustrada petulancia, exigen la revolución social —que sólo profesan intelectualmente— y que contradicen con su modo de vida. Son pueblo y el pueblo los desconocidos electoramente. Sus equivocaciones son tan groseras como sus “honestas autoctonías”. Viven en permanente divorcio con las transformaciones experimentadas por la sociedad y carecen, por ello, de un legítimo sustento popular. Hasta ahora no han demostrado ser capaces de interpretar la realidad para luego transformarla. Pensemos sólo en lo vivido desde el año '30 en adelante, para darnos cuenta de cómo han cambiado las expectativas sociales en el país, a tal punto que ningún proyecto político puede realizarse plenamente si no tiene el necesario consenso popular.

A partir de estas bases, la tarea del socialismo es de verdadera reconstrucción, en la medida en que su tradición está casi olvidada, es muy residual, viene de otro tiempo y de otra época política.

La respuesta merece un análisis más detallado y profundo que la imperfecta síntesis que pretendo exponer. La cultura política de la izquierda argentina existe y goza de buena salud y está representada y afora en cuanta manifestación o requerimiento social se suscita.

Los llamados partidos de izquierda son los que sufren esa enfermedad endémica, donde los gérmenes nocivos como el infantilismo, la soberbia, el voluntarismo, el seguidismo y el positiblismo a ultranza, terminaron por minar su fortaleza física

aventurado decir que los demás partidos existentes han abrevado en su doctrina y en su reivindicativo legado histórico.

El peronismo mismo levanta como bandera la justicia social, expresión que habrá sido condensada, expuesta y analizada por el Dr. Alfredo Palacios en su libro *El Nuevo Derecho*.

El radicalismo, para estructurar la participación popular, recurre a las leyes que proyectan el socialismo en el parlamento y lo hace por imperio de su cuantitativo poder electoral.

Entonces vemos cómo esa cultura socialista ha hecho escuela y subsiste en el país. Su mantenimiento y proyección debe ser obra del Partido, cuya tarea primera será despejar el panorama que fue oscurecido por su falta de actividad efectiva y concreta entre la clase trabajadora. Es necesaria la renovación de sus cuadros y la creación de una nueva imagen que lleve a sus destinatarios seguridad y confianza con sus proyectos políticos.

Cuál será, entonces, la posición del socialismo democrático frente a los dos grandes partidos de este país? ¿Ven maneras de diferenciación o tienden a englobarlos?

Con el radicalismo diferimos en cuanto éste tiene un programa que, a nuestro juicio, propicia un fértil reformismo y no una transformación profunda de la sociedad. Con el peronismo subsisten diferencias respecto de la estructuración en clases de la sociedad, del culto al personalismo, y de su tradicional metodología autoritaria en todos los campos.

La posibilidad de acercamiento a estos dos partidos, cualquiera sea el que ocupe el gobierno, se hace viable frente al intento de quebrar el orden institucional. Allí, el

Partido Socialista deberá estar, estrechando filas, junto a los demás. En la hora actual

no debemos admitir que por diferencias ideológicas o políticas se aleje el derrocamiento de ningún gobierno surgido de la voluntad popular.

No creo que esos dos partidos le pieran el paso al socialismo. Es el mismo Partido el que, con su indefinida política y su falta de inserción en la clase trabajadora, no ha permitido la proyección y consolidación de la doctrina socialista. En la medida en que la ciudadanía visualice que las virtudes del viejo Partido fundado por Juan B. Justo no se agotan en la honestidad y en la ética, el triunfo del socialismo estará asegurado.

El problema que se plantea a un proyecto de izquierda democrática es el hecho de tener que remontar un universo de valores presente en esta sociedad, como el militarismo o el clericalismo.

Si tenemos en cuenta que desde 1930 a 1983, estuvimos durante casi un cuarto de siglo sometidos a gobiernos de facto y que padecimos treinta y cuatro años de estado de sitio, estado de guerra interno, plan Contines, y una ley de la Doctrina de la Seguridad Nacional, no es fácil remontar el problema del militarismo y del clericalismo en una sociedad en la cual el autoritarismo ha sido la norma y la vigencia de una democracia plena e integral estuvo casi siempre ausente.

Para modificar ese presente universo de valores hace falta la participación de todos y, en particular, de los socialistas cuando tiene vigencia en la República y no es

Respuestas nuevas a problemas nuevos

Los dilemas de la izquierda europea

Giorgio Napolitano

La última década ha representado para el movimiento obrero y para los partidos de izquierda el período más crítico y esforzado de su historia. En este sentido, comenzaré la charla con la *conclusión*: luego de estos años difíciles, las fuerzas de izquierda pueden presentarse ahora como capaces de impulsar un cambio decisivo en el estado actual de las relaciones internacionales, es decir, que se abren nuevamente posibilidades de hegemonía y éxito en el marco de la integración económica y política en curso en el Mercado Común Europeo y con vistas a reafirmar el rol europeo en la construcción

de un mundo de paz y justicia. Desde fines de los años 70, los partidos más representativos de los trabajadores, el progreso y el socialismo se enfrentaron con dificultades y procesos nuevos, y no todos han terminado aún de ajustar cuentas con estos problemas. La izquierda en Inglaterra y en Alemania Federal perdió sus posiciones de gobierno a partir de 1986. En resumidas cuentas, estos años fueron, en toda Europa Occidental, una época de altibajos y, en el plano electoral, de retroceso; una época que conoce también una crisis en el mecanismo del desarrollo capitalista, frente a la cual los planteos socialistas, socialdemócratas (desde el gobierno) y comunistas (en la oposición) resultaron inadecuados. En los '80 se abrió un período de discusión que dura todavía, y este debate ha llevado a un acercamiento de las fuerzas de izquierda, como ser, por ejemplo, entre el PCT y los partidos de la Internacional Socialista.

Han quedado definitivamente superadas las viejas contraposiciones ideológicas como aquella que generó la división del movimiento obrero en los años veinte: reforma o revolución; y han quedado superadas por la necesidad de que todos los partidos socialistas den respuestas nuevas a los problemas nuevos, similares y comunes más allá de las fronteras nacionales.

Los procesos sirvieron para superar la crisis y producir cambios en la estructura social: la internalización de la economía y el ritmo cada vez más rápido de la innovación tecnológica. En Italia, por ejemplo, esto significa que en cinco años disminuyó en un millón de personas el número de los obreros industriales. Esta disminución del peso cuantitativo de la clase obrera en sentido estrecho tuvo serias repercusiones en los partidos de masas con raigambre en la clase obrera, como el PCT, la SPD o el Labour Party. A esto debemos sumar el impacto del neoliberalismo, ideología exportada no sólo en Europa continental, sino también —y con gran amplitud— en América Latina, y la crisis de las políticas de “estadio benefactor” e intervencionistas. Las fuerzas reformistas de inspiración socialista se vieron, entonces, obligadas a revisar sus posiciones económicas y sociales y sus programas de gobierno.

No pretendo realizar un balance de los resultados obtenidos por esta revisión que llevó al acercamiento de las fuerzas de izquierda europeas y a la elaboración de respuestas convergentes frente a los nuevos problemas. Quiero, si, indicar un lugar, más allá de los convenios, congresos y publicaciones, donde se realiza esta experien-

cia: el Parlamento Europeo, al que se accede por elección directa desde 1979; una arena donde los partidos comunistas y socialistas han podido experimentar este acercamiento. Quisiera, en tal sentido, destacar algunos puntos concretos sobre este particular:

1) Frente a los límites insuperables de las estrategias socialistas “nacionales”, la izquierda comunitaria desarrollar una nueva posición en lo que hace a la exigencia tradicional de “ocurrencia plena”. Las nuevas tecnologías cambian la relación entre inversiones productivas y niveles de ocupación, lo que lleva a querer una redistribución de las fuerzas de trabajo no lograda la desocupación, además, las más variadas formas se plantean el tema del trabajo desde perspectivas diversas. Antes, la idea de “organización planificada” llevaba consigo la de un trabajo a tiempo pleno, estable y para toda la vida; ahora tiene connotaciones más flexibles y el acento cae en el aspecto cualitativo del trabajo.



En Italia, desde fines de los años '70, este proceso (computarización y guía automática de la producción, robotización en la FIAT, etc.) ha provocado conflictos. El PCT reaccionó no contra la innovación tecnológica en sí misma, sino exigiendo su difusión también en la mediana y pequeña empresa y, más en general, sosteniendo la necesidad del crecimiento de la economía nacional. En este sentido, un documento interesante es el primer capítulo de las Tesis del último Congreso, que trata sobre la posibilidad de impugnar la lógica capitalista en sí misma, sino exigiendo su posibilidad a las corrientes socialistas y comunistas.

Precisamente es la creciente burocratización de la intervención pública lo que nos obliga a rever el esquema según el cual toda inversión estatal era progresista y socialista. Ciertamente, los servicios sociales fueron una gran conquista (y recordemos la política desarrollada por el PCT en la mayoría parlamentaria, entre 1976 y 1979, que condujo a la aprobación de la reforma laboral). Sin embargo, parece que en muchos casos se han vuelto estériles e ineficientes, alejados de la sensibilidad y comprensión de los mismos beneficiarios, quienes no se sintieron obligados a defenderlos cuando la derecha atacó estas instituciones. Estos temas exigen ahora una redefinición novedosa.

4) El agravamiento del impacto del desarrollo económico sobre el ambiente ha llevado a la izquierda a elaborar programas particularmente atentos al problema de la calidad de vida. Se trata de un punto de convergencia de las fuerzas progresistas, y cuyo ámbito es necesariamente internacional, pues se liga estrechamente al de la paz, el desarrollo y la distensión internacionales.

5) Aquí se abre un punto de contacto con los esfuerzos de las fuerzas progresistas en América Latina: la responsabilidad de los socialistas europeos es que se integre el problema del desarrollo y el cambio latinoamericanos en el marco de las relaciones económicas internacionales. El diálogo entre EE.UU. y la Unión Soviética se concentró en el desarrollo y la eliminación de los ecosistemas representó un paso adelante (al respecto, la reducción del armamento convencional en Europa es un objetivo de mediano y largo alcance, para lograr la canalización de recursos para el desarrollo económico). Pero la agenda debió abrirse a mucho más que las declaraciones de principio que hubo hasta la fecha. No habrá cambios en la situación mundial si los protagonistas son sólo dos y los contenidos siguen limitados a los aspectos —por cierto predominantes y fundamentales— del desarrollo. Las fuerzas de izquierda europeas deben luchar, entonces, por multiplicar los protagonistas de la construcción de un nuevo orden internacional. La integración económica y política que está en acto en Europa Occidental autoriza estas iniciativas, tendientes a integrar el problema de las relaciones Este-Oeste con el de las relaciones Norte-Sur. Para las fuerzas de izquierda y progresistas, esto depende de la claridad de sus perspectivas y de su empeño por lograr la unidad europea e internacional.

Una historia evocada en clave de dominación

Hispanismo

Alberto Bozza

D esde hace más de medio siglo, una vertiente del pensamiento histórico ha venido agitando su condición de abanderada en la lucha por rescatar los estímulos del pasado del influjo liberal positivista. Sus historiadores se han proclamado artífices de la reinterpretación veraz del pasado, y comprometidos con lo nacional y telérico. Heredera del nacionalismo cultural de las primeras décadas del siglo, esta escuela se institucionalizó en 1938, con la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Esta milicia literaria fue la promotora de una tesitura intelectual que se llamó revisionismo histórico o, simplemente, historiografía nacionalista. A pesar de cierto talante saludó contestatario que par-
ten trasuntar en sus textos, estos escritores han acuñado una visión de nuestro pasado profundamente reacionaria e irracional, cargada de intencionalidad política. El hispanismo constituyó una especie de "zona sagrada" del entrampado misificador que udieron sobre nuestra historia. Su veneración es una componente primordial de la ideología autoritaria que impera en los vastos dominios educativos influenciados por la impronta clérica en la Argentina.

La rehabilitación de España

La corriente nacionalista se caracterizó por una ardiente vocación hispanista. Sus historiadores reivindicaron el pasado colonial de Argentina y América, idealizando hasta el límite. Las obras de Palacio, Sierra, Carbia, etc., encajan en el modelo de la llamada "leyenda rosa" sobre España. A tal punto que uno de ellos, Carbia, escribiría una *Historia de la Leyenda Negra española*, en la que acusa a los historiadores "masones" y "liberales" de haber denegado la memoria de la Madre Patria.

Los historiadores de esta confesión destacaron el vínculo filial de las clases dirigentes criollas, la antigua élite, con la siniestra del conquistador ibérico (Rosas será el emergente de su encarnación más sublime). Por tanto, el núcleo aglutinador de la nacionalidad argentina era la "raza hispánica"; tal el descubrimiento de dos ensayistas subyugados hasta el éxtasis por lo ibérico.¹

La hispanofilia militante de estos castizos cultores de Clio enatació el período colonial como modelo de armonía social y racial, y también, de progreso material. Para Sierra, la emperal colonial española estable inspirada en fines plauditos, pues se trataba de "elevar al indio".² La rememoración en tono de fábula ingenua de este historiador también se aprecia en la ponderación de la armonía relativa entre las razas. Así, para el profesor Sierra: "los negros son bien tratados en Hispano América".³ Según parece, la historia de Cuba fue un capítulo prescindible en la formación académica de nuestros historiadores nacionalistas...⁴

La adhesión a la tradición colonial era un ejemplo de organización política encimable: las sabias leyes hispanas habían engendrado una robusta cultura moral en el pueblo criollo, merced al sello indeleble moldeado por la familia cristiana, según otro admirador tardío del tutelaje ibérico.⁵ Es-

paña era un modelo referencial en virtud de su secular hostilidad a las ideas modernistas. En tren de atenuar la rémora colonial que las naciones americanas heredaron de su conquistador, Ricardo Levene negaba que estos territorios hubiesen sido colonias de España. Se valía para ello de argumentos de abstracto jurídismo: los naturales del Nuevo Mundo tenían las mismas leyes y gozaban de los mismos derechos que los naturales de la Metrópoli.⁶

Maestros y prosélitos

Publicaciones como *Criterio*, *Número*, *Sol y Luna*, *Crisol*, etc., eran canales oficiales del culto al hispanismo; en ellas escribieron historiadores como Palacio, Sierra, Carbia, Irazusta, Gálvez, Mario Amadeo,

ces de este ejercicio fetichista, en su obra *Defensa de la Hispanidad*, publicada en 1934. Este ensayista fue embajador de la dictadura priorivista en Buenos Aires en 1928, y colaborador asiduo de *Ortega*. La revista fue el sostén de la "grandezza de la estirpe hispánica, una especie de alianza espiritual que congregaría a las naciones de América en un sólido bloque integrista católico.⁷

España, instrumento de la Providencia

El prisma hispanófilo, intolerante y dogmático, cargó la reflexión sobre el pasado con rasgos providenciales. Así es que los pueblos elegidos, como España, aparecen en la retórica nacionalista predisponidos a cumplir una misión heroica en la his-

torialidad y misional fue la Reconquista. Otro enclave ideológico agitado por el hispanismo fue la devoción de sus adherentes a la idea de Cruzada. A juicio de estos historiadores constituyeron episodios trascendentales: una voluntad mística y beligerante puesta al servicio de la extracción de la disidencia, la aniquilación de lo heterodoxo y lo ajeno a una identidad de signo no absoluto e indiviso (muros, judíos, herejes, son el componente perverso que esta historiografía fabrica para su discurso de legitimación). No sorprendió entonces, el tratamiento artístico y sentido ingenuo que esta historia dispensó a la Inquisición.

Otra evidencia del culto hispanista fue el abordaje pueril y trivial a que sometió la interpretación de la conquista de América. El descubrimiento del Nuevo Mundo estaba implícito en el temperamento misional de España, que acudía a las nuevas tierras a evangelizar infieles. La cruzada espiritual, la "guerra justa", en fin, los argumentos justificadores elaborados por el padre Vitoria en el siglo XVI, serían parte del repertorio colegial dirigido por esta historiografía complaciente.⁸

Los enemigos externos

El hispanismo de esta escuela contribuyó a desmaterializar el pasado en un fluir de civilizaciones metafísicas, que se mostraban impotentes a la hora de explicar las causas de los cambios sociales que afectaron a España. ¿Cómo explicaron el desmoronamiento del poder español? ¿En qué quedó el "destino de un pueblo" como el español, al sobrevenir el ocaso de los Austrias? Federico Ibarburu ensaya un tipo de respuesta que guarda con la verdad histórica una fuerte relación antitética. En estilo similar a la profesional insolencia del historiador Llambías, este nacionalista concluye que todo el esplendor imperial hispano colapsa por... la crisis moral que se apoderó de sus gobernantes. España se corrompe en sus costumbres, olvidando así su destino providencial en el planeta, y por ello sucumbe. Tal el recitado trivial acudido en solemne letra de molde por los revisionistas. Un planteo viciado por el idealismo estéril y epidémico, que nos retrotrae a un tipo de explicación comprensible, hasta cierto punto, en la época en que Tácito testimoniaba la degradación moral de Roma como causa del derribo, pero arguye que resulta anacrónica e indigente en el contexto de la historiografía del siglo XX.

Parte integrante de esa degradación moral era la infiltración de ideas extranjeras que los nacionalistas imputaban a los Borbones. El hispanismo había sido atacado en su natal por el "francésamiento" y otros influjos modernistas, consumando así la decadencia española. Subyace en este mecanismo explicativo de los nacionalistas un sustento xenófobo, la actitud de atribuir lo malo y temido a factores foráneos, ideologías extrañas, influencias exóticas, etc. La historiografía nacionalista consideraba, en el siglo XX, a la República, la democracia, el socialismo, el separatismo, etc., como los emissarios de la disolución del "alma nacional" de España. Otra vez, las ideas extranjeras, todo lo que

no negaba su destino trascendente, según el alegato de un historiador que siempre escribió en pasado, obstruido por barreras de humo fíctiles.⁹

Nuestra influencia ejerció sobre los revisionistas argentinos el historiador hispanista García Villada. En este autor, la historia contemporánea se desintegra en el tamiz de un dogmatismo ultracatólico que obnubila la complejidad del mundo real. Teórico empoderado del hispanismo, sume el devenir de la realidad a un reduccionismo maniqueo y ultraísta. Según su entender, la historia contemporánea era el desolapar de la puja entre el tradicionalismo hispánico y las ideas revolucionarias y socialistas. Este dilema era el correlato del eterno enfrentamiento de dos opciones abstractas, las "representaciones genuinas de la Ciudad de Dios y de la Ciudad del Diablo". Naturalmente, los escritores nacionalistas absorberon estas enseñanzas como catecismo historiográfico sin el menor ejercicio reflexivo.¹⁰

Combate y purificación

El hispanismo también impregnó una visión del pasado en el que la impronta ibérica aparecía destinante de significaciones terribles. España ocupaba un lugar esencial en una historia contemplada como tensión bélica en la guerra renuncia al ideal universalista que la Providencia asignó a España. Los historiadores nacionalistas avivaron en la guerra el mecanismo de purificación de una nación que retornaba sus fueros jerárquicos. Otro cultivador de la historia como letanía belicista, Julio Meinvielle, contemplaba los destinos marciales de España como pruebas sangrientas de penitencia, necesarias para el acceso a un estado de gracia. La Guerra Civil (1936-1939) era, para este discípulo

fanatista de Torquemada, un nuevo capitán de la "Guerra Santa", de la que emergería el Estado nacional cristiano perfecto.¹¹

"De cara al sol" con la historia

Los más encumbrados historiadores nacionalistas se congregaron en un grupo de presión intelectual y propagandístico que movilizó a la opinión pública en favor de la sedición clerical fascista que derrocó a la República Española en 1939. Franco asumió para estos historiadores el perfil de una especie contemporánea de "crucifixión de la fe", artificio de la restauración tradicional en España. "Durante la guerra civil confiesa un historiador de sacristía... me sentí intimamente solidarizado con las fuerzas nacionales porque entendía que se debatía una cuestión puramente doméstica sino que se planteaba la disyuntiva entre los más altos valores religiosos y culturales de Occidente y la barbara matanza", etc. El texto era el siguiente:¹²

"Los argentinos que suscriben rinden homenaje de admiración y reconocimiento a España en el día de nuestra estirpe. A la vez, le hacen legar su palabra de aliento y testimonio de solidaridad frente a la injusta campaña organizada fuera de sus fronteras con el pretexto de actos internos que sólo a los españoles corresponde juzgar. Exprimen la convicción de que esa campaña, a la que el pueblo español ya ha dado catégorica respuesta, tiene por verdadero objetivo eliminar uno de los más sólidos baluartes que subsisten en el mundo actual contra la agresiva penetración del marxismo".¹³

En suma, en el hispanismo se conjugaron una amalgama de valores autoritarios e irracionales que la historiografía nacionalista aceptó como nociones básicas de su discurso sobre el pasado: el culto necrófilo a la guerra, como redentora de la historia; la intolerancia religiosa; la subordinación de la política a la fe; la apología de los regímenes de fuerza; la xenofobia; el antisemitismo; etc. Los contornos más escleróticos y carcelarios de lo que los propios liberales estudiaron denominaron "España Negra" o "operaria" como sofismas legitimadores de un proyecto autoritario en busca de su pasado.

Podemos referir a cierta historiografía argentina la aguda reflexión que Manuel Colmeiro destinaba a los españoles de los siglos XVI y XVII: "Debemos en justicia disculpar la inclinación de los [historiadores] a refugiarse en lo sagrado. Pocas eran las profesiones que convivían con esperanzas de fortuna".

Notas

¹ Por ejemplo, Gálvez en *El Solar de la Raza y Patacio en su Historia de la Argentina*.

² Vicente Sierra, *Historia de las Ideas políticas en Argentina*, Bs. As., Nuestra Crusa, 1950, p. 105.

³ Vicente Sierra, *Historia de la Argentina*, Bs. As. UDEL, 1957.

⁴ Héctor Llambías, *Rosas Restaurador*. En: *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, núm. 5, 1940.

⁵ Ver su obra *Las Indias no eran Colonias*.

⁶ Criterio, núm. 65, 30 de mayo de 1929, p. 140.

⁷ Ibarburu en *Criterio*, núm. 459, 17 de diciembre de 1936.

⁸ Idem.

⁹ Idem.

¹⁰ Idem.

¹¹ Julio Meinvielle, *Entre la Iglesia y el Reich*, Bs. As., Adsum, 1937, p. 69.

¹² Mario Amadeo, *Ayer, hoy y mañana*, Bs. As., Gure, 1956, pp. 34-35.

¹³ *La Nación*, 12 de octubre de 1975.

Alberto Bozza. Colaborador en la revista *El Socialista*, de La Plata.



G. Martínez Zuñiga y clérigos inquisidores como Castellani, Franceschi, Meinvielle, etc. Esta irradiación hispanista coincidió con el acercamiento cultural de una fracción de la intelectualidad conservadora hacia la experiencia corporativista del general Primo de Rivera, a mediados de los años veinte. En este período se elaboran los fundamentos filosóficos y teológicos que inspirarían a ese sentimiento de gratitud y devoción por España.

El fenómeno político cultural denominado hispanidad fue una manifestación ideológica que promovía el culto al estado español, especialmente a sus contornos tradicionales y autoritarios, forjados en un largo periplo que iba de los Reyes Católicos al franquismo. Marcelino Menéndez y Pelayo había sido un adelantado en esta tarea reivindicadora, pero fue Ramiro Maeztu quien mejor definió los alcances



El problema del poder

El poder y el imaginario social

Enrique E. Mari

El problema del poder

El problema del poder, la historia de su reparto y distribución en Jerarquías desiguales, las prácticas y los sistemas de valores con que ha sido sostenido y legitimado, y otras cuestiones como los distintos vínculos entre el poder generalizado de acuerdo con los cuales el poder gobierna de acuerdo con los cuales el poder gobierna de acuerdo con las estructuras materiales, ocupan un lugar central en el cuadro de la vida social. Es ésta la razón por la cual se ha planteado el tema, se trate de la sociología o de la ciencia política, de la teoría del derecho y del Estado o de la filosofía política en general, han dejado de tropezar con dificultades al intentar elaborar una teoría unitaria y sistemática de este complejo fenómeno y su funcionamiento entre las sociedades. O se ha obrar en escalas menores de conjuntos humanos como grupos, familias, comunidades científicas u otro tipo de instituciones, en las relaciones entre los sexos, en la prácticas curativas de la medicina o pedagógicas de la enseñanza; escuelas menores que siempre conservan su dimensión social.

La gran multiplicidad de los elementos y factores que recubren el fenómeno del poder, y las consiguientes barreras que se levantan para elaborar una teoría general que, cuanto más profunda y omnivisa corre el riesgo de convertirse en tanto más formal, ha provocado diversas reacciones entre pensadores y científicos sociales.

Estas reacciones pueden pasar desde un análisis como el de Max Weber que considera el poder como un fenómeno amorfo ya que —aduce— "todas las cualidades imaginables de un hombre y toda suerte de constelaciones posibles pueden colocar a alguien en la posición de imponer su voluntad en una situación dada"; a otros análisis de resultados francamente infundados, como los procedentes de la sociología funcionalista y la ciencia política de inspiración behaviorista anglosajona. En este último caso, se atrofia el examen y la reflexión sobre el fenómeno real del poder, mediante el simple procedimiento de declarar científicamente intratables los grandes problemas y sustituirlos por microproblemas en los que el aislamiento de unidades analíticas y abstractas permite hacer desaparecer la dimensión social del poder en beneficio del mero estudio de las relaciones interpersonales.

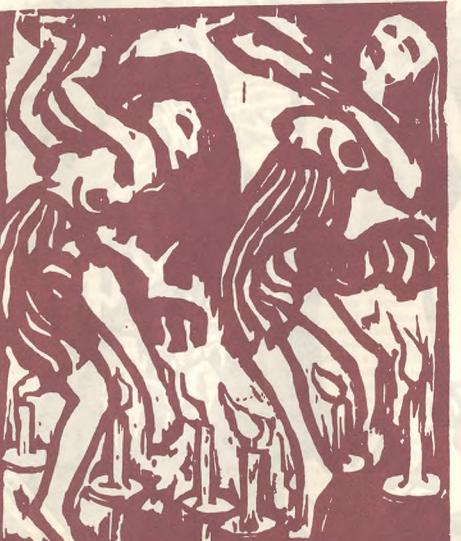
Sin embargo, la naturaleza social del poder puede apreciarse con una lectura atenta que se practique en textos que no necesariamente tienen que ser de teoría política y jurídica. Es posible, en efecto, aprender mucho sobre el poder, sobre su reparto, sobre su correlación con un orden estratificado y jerárquico, sobre el modo cómo el poder se internaliza en la subjetividad de los hombres, sobre sus técnicas de manipulación del deseo y el temor del psiquismo humano, en textos filosóficos como el *Tratado Teológico-Político* y *La Ética*, de Spinoza, el *Políticraticus* de Juan de Salisbury o el *Leviatán* de Hobbes. O específicamente políticos, como *De Monarchia* de Dante, o los escritos de Martín Lutero con motivo de la rebelión de los campesinos acuñados a la muerte Thomas Müntzer: *Exhortación a la*

pacifación de los doce artículos de los campesinos de Suabia, o *Contra los campesinos homicidas y ladrones*.

En épocas recientes, trabajos eruditos sobre el pensamiento político medieval como los de Ernest Kantorowicz, Gaines Post y Walter Ullmann, y otros producidos por los influyentes historiadores de las mentalidades Jacques Le Goff y Georges Duby, han puesto en claro el valor de muchos textos religiosos como fuente de criterios que han sucedido poniendo del examen del poder y de la ideología que lo sustenta en ese período. Así, por ejemplo, *De las Consolaciones de Boecio*, la *Regula Pastoralis* de Alejandro Magno, además de las obras de los miembros del episcopado Gerardo de Cambrai y Aldabero de Laón, la *Gesta de los obispos de Cambrai*, y el

poema *Carmen ad Robertum Regem* respectivamente, en las que se desenvuelve bajo la forma de una división natural del trabajo, el esquema de la estructura de las ses de la Edad Media, que Duby llama esquema de la trifuncionalidad social de los tres órdenes: oratores, bellatores y laboratores, es decir, los hombres que rezan, los que combaten o principian, y los que trabajan, siervos o agricultores.

Esto, sin contar con distintos estilos literarios que han sucedido poniendo del examen del poder y de la ideología que lo sustenta en ese período. Así, por ejemplo, *De las Consolaciones de Boecio*, la *Regula Pastoralis* de Alejandro Magno, además de las obras de los miembros del episcopado Gerardo de Cambrai y Aldabero de Laón, la *Gesta de los obispos de Cambrai*, y el



poema *Carmen ad Robertum Regem* respectivamente, en las que se desenvuelve bajo la forma de una división natural del trabajo, el esquema de la estructura de las ses de la Edad Media, que Duby llama esquema de la trifuncionalidad social de los tres órdenes: oratores, bellatores y laboratores, es decir, los hombres que rezan, los que combaten o principian, y los que trabajan, siervos o agricultores.

Esto, sin contar con distintos estilos literarios que han sucedido poniendo del examen del poder y de la ideología que lo sustenta en ese período. Así, por ejemplo, *De las Consolaciones de Boecio*, la *Regula Pastoralis* de Alejandro Magno, además de las obras de los miembros del episcopado Gerardo de Cambrai y Aldabero de Laón, la *Gesta de los obispos de Cambrai*, y el

discurso de los poderes, hacen su obra. Buena parte de este dominio lo satisfacen también la moral, la filosofía política y la religión aisladamente o en conjunción con el segmento jurídico del discurso del orden, al que suministran los últimos fundamentos, los referentes divinos o seculares, y el reino de las ficciones del "como si", que permiten dar homogeneidad a todo el sistema. El discurso del orden es el *topos* de legitimación de este sistema, lugar de emisión de los enunciados normativos y de las reglas de justificación.

Pero el discurso del orden es,

primordialmente, el espacio de la ley.

En este espacio la fuerza encuentra dentro del dispositivo del poder su modo más racional de comunicación social a través de las técnicas de coerción, sanción y coacción

que ha que el derecho produce la obediencia y el control social, sancionando las conductas contrarias a las que la sociedad considera deseables.

El imaginario social

Ninguna sociedad puede funcionar, sin embargo, por la sola aplicación de la fuerza y el derecho coercitivo. Ya hemos visto que éste es coacción, pero también justificación y legitimación en cuanto se expresa como teoría, ciencia o discurso del orden. El dispositivo exige, en efecto, como condición de funcionamiento y reproducción del poder, que la fuerza y el discurso del orden legítimamente, estén, a su vez, insertos en montajes, prácticas extra-

discursivas y soportes mitológicos que hablan a las pasiones y hacen que el poder marche, que los miembros de una sociedad dada enlacen y adecuen sus deseos al poder. Es éste el lugar del imaginario social, estructura simbólica de las sociedades y sus prácticas: como ceremonias, banderas, rituales, canticos y himnos, distribución de espacios, reliquias, rangos y prestigios, etiquetas y otras de no menos variadas tipo como heráldicas, diplomas, tatuajes, marcas, aplacación a los ancestros, tumbas, símbolos funerarios, manejos de ruidos y silencios, escenas que ponen en relación al hombre con la solemnización de la palabra. Estas prácticas no transmiten información como el discurso del orden, más bien describen un dominio inaccesible para los otros medios de transmisión, dominio de valores y credibilidad; de una realidad a las que estas prácticas y símbolos se refieren y constituyen a la vez.

El imaginario social es la tierra natural de las ideologías teóricas y prácticas. Su función consiste en operar en el fondo común y universal de los símbolos, seleccionando los más eficaces y apropiados a las circunstancias de cada sociedad para que el poder circule y avance. Para que las instituciones del poder se inscriban en el espíritu de los hombres, para hacer que los conscientes y los inconscientes se pongan en fila. Más que a la razón, el imaginario social interesa a las emociones, a la voluntad y a los sentimientos. Actúa a la manera de las estrelladas guías. Es un topo epáfico y teófano, sagrado por su función aunque no siempre por su origen, pero con efectos muy prácticos en lo social. Espacio-

embellecen y cubren de ornamentos, y del decoro, del régimen de respeto y reverencia, de gravedad y dignidad que reclama el poder.

Aunque el imaginario social es un campo generalmente descuidado por la teoría política y jurídica, de tendencia tanto iusticialista como positivista, más preocupadas por construir sus referentes divinos o sus justificaciones racionales que poner esos referentes a la luz y producir una reflexión crítica sobre sus modos de funcionar, es posible aprender mucho acerca de estos modos, y de los instrumentos con que el poder controla los comportamientos de los agentes sociales, estudiando cómo armonizan e interactúan con el imaginario social, las otras instancias del dispositivo del poder, y cómo, por ejemplo, en épocas de contestación, impugnación social y revolución contra el poder, el imaginario social se debilita y se vuelve comprensible por los resortes más definidamente coercitivos.

Dado que el dispositivo del poder, sin embargo, no es sino un esquema de comprensión, resulta importante tener presente que, a fin de evitar que se convierta en un esquema formal de combinación, será necesario vincular siempre las particularidades del entrampado y entrelazado de las instancias que lo componen, con cada situación histórica concreta de una sociedad determinada.

La función del imaginario social es, en síntesis, fundir y cincelar las llaves de los cuerpos para el acceso de la ley y la continuidad y reproducción del poder. Las formas del imaginario social decoran el poder, en el doble sentido de que lo

Lea a los autores de
taurus

T. W. Adorno	Michel Foucault	M. Merleau-Ponty
Hannah Arendt	Jürgen Habermas	Vladimir Nabokov
Georges Bataille	G. W. F. Hegel	F. Nietzsche
Walter Benjamin	Max Horkheimer	Karel Reisz
Maurice Blanchot	John M. Keynes	Paul Ricoeur
Giordano Bruno	Pierre Klossowski	J. J. Rousseau
Elías Canetti	L. Kolakowski	Fernando Savater
E. M. Cioran	Karl Kraus	Igor Stravinsky
F. Chatelet	Alma Mahler	Teilhard de Chardin
Noam Chomsky	Gustav Mahler	Max Weber
Gilles Deleuze	I. Feuerbach	L. Wittgenstein
Mircea Eliade		Saúl Yurkovich

taurus

en todas las buenas librerías
Distribuye Aguilar

Alianza EDITORIAL

NOVEDADES

— JORGE LUIS BORGES
BIBLIOTECA PERSONAL
(Prólogo) 140 págs.

— MARIO BENEDETTI
CUENTOS COMPLETOS
536 págs.

— EDUARDO CRAWLEY
UNA CASA DIVIDIDA: ARGENTINA 1880-1980
Prólogo de Rodolfo H. Terragno
430 págs.

— BALDERSTON, FOSTER, HALPERIN DONGHI,
MASIELLO, MORELLO-FROSCH, SARLO
FICTION Y POLÍTICA. LA NARRATIVA ARGENTINA
DURANTE EL PROCESO MILITAR
130 págs.

— JUAN JOSE SAER
EL LIMONERO REAL
232 págs.
— JOSE LUIS RÓMERO
ESTUDIO DE LA MENTALIDAD BURGUESA
180 págs.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO
DISTASA
Av. Córdoba 2064 - BUENOS AIRES

Libros de
Edición Argentina

Crónica de viaje

Patagonia, último acto

Guillermo Ortiz

En aquella primera noche, se podía mirar las estrellas y la brisa era un abrazo húmedo. A esa altura el continente se adelgaza y será por esta razón que el cielo muestra su vastedad de lunares luminosos. "Ese monstruo hecho de ojos", como observó Chesterton. Primera impresión: de cara al mar, nos asomamos a todos los abismos. Está visto que en el Sur, la soledad es una variante del vértigo. A pocos metros, un estorzo de maderas al ritmo acompañado de las olas delata la presencia de un muelle o del fantasma de un muelle. En el Sur, por momentos, el mundo existe merced a leves rumores. Vuelvo la cabeza: una rambla semiiluminada y desierta, algunos árboles y un mástil con humbre parecen trastornos de un paisaje abandonado. Las imágenes se amontonan: recordás que te tocaron el hombro, ayer a esta misma hora y una voz gruesa resbalando por un mentón arrugado te decía: "Acabamos de cruzar el Colorado, el río, sí. Ya estamos en la Patagonia". Y la carajada te incomodó: estrenadas panorámicas de cielos pétidos. Dijo que se llamaba Orestes, era albañil y regresaba al Sur a buscar trabajo. Por la mañana la lluvia fue una explosión y recordás una ventanilla de matorrales interminables y suelo arcilloso, una curva prolongada y de pronto toda esa escenografía resaltó en un perfil de grises, prolífico, y el mar al fondo, reluciente como la hoja de un cuchillo afilado y al sol. El ómnibus que bajaba en punto muerto por el tobogán de la meseta y uno que adverría poco a poco esa descepción de casas bajas y almacenes y alguna bicicleta cruzándose imprudente. Siempre. Pero estabas mirando las estrellas en el borde marino donde el continente se adelgaza cuando dos policías bajan a la arena y husmean al pie del muralón. De las sombras emergen arrastrando una figura encorvada y tambaleante. Se oye un chasquido de palabras y tal vez sea el único sonido que no se pierde en el aire.

Al día siguiente por la tarde, Puerto Madryn está dormida y un viento persistente súbita entre los árboles. Un hombre que más parece una estatua sobre un tanque de agua, contempla el minúsculo techo de una de las casitas viviendas redondas que se ven por la ciudad. Ígitos de cemento con una puerta y dos ventanas muy pequeñas. "Es por el calor del mediodía que recalienta los cierzos convencionales", explica. Pero ahora es la siesta y hay un murmullo de horas sobre esta desdicha de lunas que en el Sur se parece a la resignación. Obreros en bicicleta y empleadas apuradas, cuatro niños torpes que saltan a la soga en un baldío de alambres y esporádicos veraneantes de pueblos cercanos y short hawaiano que caminan sin rumbo. Segunda impresión: en el Sur, la gente se suavea con una agudeza de siglos. Y es así mismo donde Argentina se contacta con el más sólido su conciencia austral y trascendental. En esta infinita soledad de ladridos se condensan sus lealtades en memoria, la identidad biológica que lo liga a un espacio propio. Ise el Sur, huella reaccionaria para escaparle al desamparo cosmopolita. El Sur, una mezcla de fantasía

sioso confín, anhelado/desprestigiado patio trasero donde parece cocinarse el puchero espeso de la nacionalidad. Ya advirtió Cioran que "la Patria es un engaño", y es acá mismo donde el argentino materializa su devaneo patrio en una aragasa eterna de piedra y petróleo, orgullo ventoso de sal y sol. Pero las nubes se juntan sobre el muelle y llueve de costado. Un viejo intenta guarecerse apoyado sobre una precaria pared de ladrillos de espaldas al viento. Un chico cetrino y con musculosas guarda a las apuradas su último cajón de bebidas y trepa a su bicicleta: "Yo trabajo, todos los días menos cuando llueve. Como no vienes nadie a la playa, no se ven, yo no vengo y mi jefe no me paga. Y bueno, lo que es justo, es justo". La playa del Golfo Nuevo es un acorde gris envolvente. Tres barcos acodados en el muelle hace más de doce años, botizan su gratitud, dan de acero y verdín. A escasos metros, sobre un ancla gigante y leprosa de carcateros, dos niños se sienten equilibristas. Cruz y me interno por las calles. A ciertas horas, en Madryn, uno tiene la sensación de que la humanidad agacha la cabeza. Porque Madryn se esfuma y atisba por las ventanas, y uno sólo tiene derecho a ser una silueta extranjera que remonta veredas silenciosas para que te huella un perro escudívolio surgido de un taller de personas bajas. "Yo no sé qué le vieron a Madryn", se pregunta Abel Arguello, encargado/supervisor y especie de consejero en zapaterías del apartado residencial San Francisco. "Esto no es más que un poblacho con mar —agrega confidente y bajando el tono—. Acá o te vas a la playa a chupar frío, te sentás en la plaza o te tenés que meter en un bar con video". En un bar con video, enfrente de la Plaza San Martín, la principal, están dando "Dofla Flor y sus dos maridos". Son las tres de la mañana y Vaducho se desploma. El lugar es un heredero de hombres solos. A las apuradas entra un pelado insólito de gafas oscuras que se zambulle sobre una silla vacía dentro de una mesa en la que tres taxistas aspiran distraídos el vaho de ginebra y fritura que flota en el ambiente. En el "Rincón de Oscar" se juntan choferes aburridos y barbudos, asalariados desvelados y aspirantes a punks de provincias que comen hamburguesas y le piden a Oscar que ponga una pornográfica. Oscar siempre abre una caja detrás del mostrador, sonríe y anuncia que viene "Rambó". Los hombres exclaman, se miran y no obstante, quedan satisfechos.

Desde la ventana entradera de la habitación veo desplegarse un mediodía de polvo y luz. Una avesina de pedregulio y camionetas despidientes. El cielo es tan claro parece irreal. Alfonso sonríe desde su postol solitario, sin ojeras y por encima de unas letras a medio arrancar y un descolorido anuncio de Cepita. Por atrás pasa la muchacha de la limpieza a paso presuroso rumbo a su casa "en la hondonada", dice, "Dónde queda?" "Por atrás" y baja los ojos. No sabe que en el Sur todo queda por atrás. Ahora se va a lavar la ropa de sus hijos. Es joven y está agradecida de la vida "que me da un trabajo y una familia". Me dejó una toalla limpia y se fué con su

camisa amarilla ajustada, el pelo renegrido, menuda y los vaqueros gastados. La gente por acá es amable, laboriosa y distante. No cordial. Seria y de talante húmedo con quien descubren venido de muy lejos, suelen responder casi monosílabicamente. Tercera impresión: en el Sur, la gente parece batir-se en retirada.

Por las paredes, un escritor anónimo y delirante insiste en anunciar que volverá y será millones, sin dar más datos. En una esquina, una plazoleta de ladrillos con un busto en el centro. Lleva placa amarillenta: "El Club Amigo de Carlos Gardel al Zorzal Criollo, Puerto Madryn, 1958". Este Gardel de Madryn tiene la nariz demasiado recta, el pelo tupido y una dentadura que reluce como un despedriero. A sus pies, un gato muerto con las patas tiesas parece también un adorno con la frente marchita.

A pesar que el 13 de abril de 1956, el gobierno de la provincia elevó a Puerto Madryn a la categoría de ciudad cuando su población no alcanzó aún los cinco mil habitantes, hoy con más de treinta mil, aún aya mitad de camino de todo. Entre ferrocarril que uniera el valle del río Chubut y el golfo Nuevo sirvió para animar el traslado definitivo de los inmigrantes dos años después. Pero no fue el primero. Ya desde tiempo antes, la Patagonia ejercía su poder de seducción. El intento inicial de poblarla lo cumplió el desdichado Simón de Alacazaba, quien desembocó el 9 de marzo de 1535 a la altura de la localidad de Camarones, en el Chubut y declaró fundada la provincia de Nueva León. Poco después fue asesinado por sus subditos y lo que quedaba de la expedición debió abandonar la región ese mismo año. Con mayor fortuna, en 1794, Antonia Malaspina, un ascendente y famoso marino siciliano, llegó a estas costas temiendo la delicadeza de bautizar a un curioso accidente geográfico de este litoral como Península de Valdés, en homenaje al ministro español que tuvo la osadía de financiarlo el azaroso viaje. Pero el clavo clave fue ese 28 de julio de 1865, cuando 150 galeses llegaron a bordo del velero "Mimosa", bajo los auspicios y cuidados desde tierra firme, del ministro del Interior, Guillermo Rawson. El gobernador de Rawson y la televisión alterna el bigote correcto del gobernador Peri con el de las principales especies de la caleta virgen. Luchando por ser un polo industrial y un centro turístico. Por poblar su aire por voces humanas o ladridos. Madryn es un bahía olvidada de caletas sin niños ni buceo y carnavales sin reinas de belleza. La radio habla de la Playa Unión, a los costados de Rawson y la televisión alterna el bigote correcto del gobernador Peri con el de las principales especies de la caleta virgen.

Este relato es el contrapunto entre el Gran Mito del Destierro Patrio y los mitos cotidianos de los desterrados de la dictadura, surgió con fuerza desde la identidad del contenido con su forma expresiva, organizada con tantos quiebres y meandros como los pasajes simbólicos que unían aquella realidad con el país lejano. Era más visible, también, la marca de cierta distancia irónica del realizador con el tema, volcada a través de toda una nostalgia nativa con desgarriamientos que cabían en el folletín sentimental o en el kitsch de figuras escolares. Y por un desenfado que le permitía reivindicar, por ejemplo, la opción del exilio definitivo, aunque fuera expresada por la generación casi adolescente (elejida a menudo por Solanas para simbolizar una libertad sin trabas, especie de pureza de compromiso recién inaugurado, capaz de superar fácilmente los lastres más incómodos del pasado desde el convencionalismo más discutible de "lo joven").

Además, había allí un proyecto que pugnaba por articularse en un relato, al punto que casi todo *"El exilio..."*, se debatía en torno a la pregunta, "¿cómo representar la historia, cómo terminarla? Los interrogantes referían a la realidad misma, pero aludían también a las dudas sobre una estética posible con la cual poder figurarla. Temblaban las intenciones miticas con un agujero sin clavar. Y apostaban a lo real como ese lugar donde desde interpretar la historia prescindir".

Alguno cambio, apenas aparente dar cabida a la incertidumbre cuando terminaría el Reencontro (con el pasado, con la patria, con la democracia, con los muertos, con los vivos). Escudado en la seguridad de un procedimiento narrativo ya probado

comó el único capaz de sostener el regreso de la historia. Solanas se apoya en calidad de esto lo que terminó convirtiéndolo en "estabilización". Es decir, al "estabilizar" su tema recurre a una envoltura retórica de efecto reiterativo, en el que todos los elementos aparecen disociados, desacoplados a pesar de su voluntad organizativa.

Las imágenes que introducen a *"El exilio"* de Gardel registran un crepúsculo con coreografía tangüera sobre los puentes del Sena. Un lento *travelling* por debajo de un puente de Barcas hasta la ochaña oscura y el bandoón, abre el espacio fílmico de *"Sur"*, la segunda parte del diptico que Solanas dedicó a la relación entre amorosa y fraudulenta de los argentinos con la historia patria en retirada.

Ese vínculo necesitaba de dos soportes territoriales: uno exterior, el País de la fabricación coratiana y otro interno, encavado en las entrañas del sureño arrabal bogotano. Al fuera y adentro, en fin, como geografía y metáfora de un esquivo ser nacional, cuya figuración concentra los afanes tanto estéticos como políticos de Solanas.

El modelo narrativo para ambas películas es el mismo. Un rompecabezas: fragmentos, reliquias que pugnan por encontrarse en su contra. Y, básicamente, las referencias miticas como claves únicas y excluyentes de nuestra memoria histórica, una memoria que puede reconstruirse con la estética fílmica del gran espectáculo. Los resultados de estas dos puestas en escena, sin embargo, son diferentes.

En *"Exilio..."*, el contrapunto entre el Gran Mito del Destierro Patrio y los mitos cotidianos de los desterrados de la dictadura, surgió con fuerza desde la identidad del contenido con su forma expresiva, organizada con tantos quiebres y meandros como los pasajes simbólicos que unían aquella realidad con el país lejano. Era más visible, también, la marca de cierta distancia irónica del realizador con el tema, volcada a través de toda una nostalgia nativa con desgarriamientos que cabían en el folletín sentimental o en el kitsch de figuras escolares. Y por un desenfado que le permitía reivindicar, por ejemplo, la opción del exilio definitivo, aunque fuera expresada por la generación casi adolescente (elejida a menudo por Solanas para simbolizar una libertad sin trabas, especie de pureza de compromiso recién inaugurado, capaz de superar fácilmente los lastres más incómodos del pasado desde el convencionalismo más discutible de "lo joven").

Además, había allí un proyecto que pugnaba por articularse en un relato, al punto que casi todo *"El exilio..."*, se debatía en torno a la pregunta, "¿cómo representar la historia, cómo terminarla? Los interrogantes referían a la realidad misma, pero aludían también a las dudas sobre una estética posible con la cual poder figurarla. Temblaban las intenciones miticas con un agujero sin clavar. Y apostaban a lo real como ese lugar donde desde interpretar la historia prescindir".

Alguno cambio, apenas aparente dar cabida a la incertidumbre cuando terminaría el Reencontro (con el pasado, con la patria, con la democracia, con los muertos, con los vivos). Escudado en la seguridad de un procedimiento narrativo ya probado

"Sur" y después

El precioso espectáculo del mito

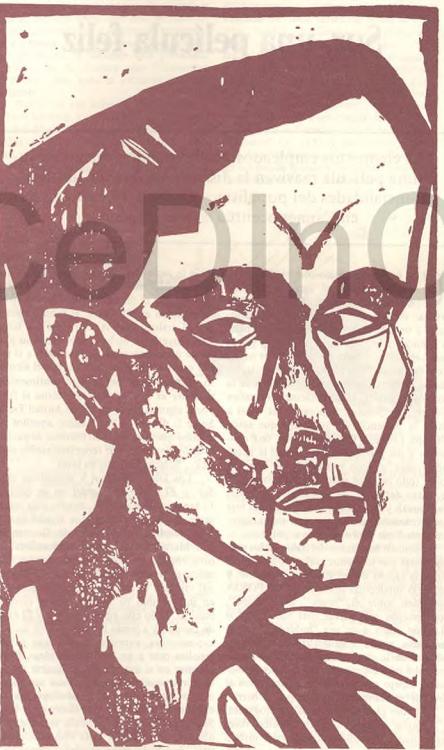
Ana María Amado

La última película de Solanas ha suscitado juicios contradictorios. Elogiada por unos, es rechazada hasta con irritación por otros. ¿Cuál es la razón de opiniones tan dispares? Las confusiones que genera la inscripción en lo mítico de una reflexión sobre el pasado inmediato, con el riesgo de ofrecer como resultado una mistificación de la historia, tal vez sea uno de los motivos, y no el menos significativo, de la irreconciliabilidad de los juicios.

Todos los recursos remiten a una historia (política, pero siempre emocionada con brío, tangos, Rosita y cafetín de ochaña) que sólo simboliza, consagrarse en arquetipos, pero no interrogarse o interesar buscando explicación alguna en esa honda que hoy apriostó nuestro tiempo argenfino. Para representarla, Solanas utiliza una vez más la técnica narrativa del collage-fragmento, con una amalgama de géneros. Recurre básicamente al melodrama —caracterizado por sus excesos, por el enfrentamiento, por dejar la "acción" en segundo plano—, para sostener el intercambio afectivo entre Rosi y Floreal, tal vez los únicos "personajes" en la película. También el género musical como préstamo hollywoodense, o de la estética más reciente del *clip*, con canciones y coreografías que interrumpen o subrayan acciones (en sus dos últimas películas Solanas integró la música a su estilo al mismo nivel que lo visual). Incorpora hasta el burlesque del cine mud, con fragmentos en blanco y negro con cámara acelerada como aquél en que homenajea la gesta obrera del frigorífico Lindsay o de la Torre (quizás la única en la que asoma el desenfado del realizador de *Los hijos de Fierro*).

Estos elementos avanzan narrativamente con el auxilio de varios relatores en off: al prólogo de Solanas-autor ("var a ver un film de amor"), le sigue el Muerto, convertido en narrador omnisciente (dialoga con el autor, se dirige al espectador, intercala a Floreal y le ayuda a hilvanar lo sucedido), pero alternado a su vez con los monólogos del mismo Floreal y con los de Rosi. El complicado tejido intenta suturar, por detrás (por detrás, con el autor como *deus ex machina*), las piezas de un relato armado como pastiche de inspiración pictórica romántica con humos y nieblas que marcan el límite entre la vida y la muerte, por medio de la pulida brillantez del espectáculo fílmico.

Solanas hace explícito —en entrevistas, en sus discursos teóricos o filológicos— respuestas a sus postulados: el cine como herramienta para indagar sobre las claves más o menos ocultas que juegan la trama de la historia nacional. Pero la única forma que concibe de remitir a la



y a Rosi, su mujer. El reencontro íntimo en suelo americano, interferido por los recuerdos y re-conmemoraciones de esa noche de trascisión. En ese lapso, marcado por el velo nocturno del misterio, en el que se navega entre referencias a lo que es mito y lo que es historia: Ulises y la sirena o los "espíritus"; la historia más reciente y la pasada desfilarse frente a Floreal, detenido en el instante inmóvil —mítico— de la contemplación. Pa-



Conciencia histórica e identidad postradicionales

Para una idea racional de patria

Jürgen Habermas

I La concesión del Premio Sonning, con su referencia a la cultura europea, rememora el entorno que hoy en días nos une. Con ello me refiero en primer lugar a que los europeos no solo somos no sólo nos nutrimos de la herencia de la historia espiritual europea, sino que compartimos en igual medida formas de estado democráticas y formas de vida occidentales. Esta "Occidente" se vio determinado por la primera generación de estados de la Europa moderna, que fueron particularmente en el igual manejo que dieron a suerte y suerte. Aquellos que dominaron el Elba y el Perenne pertenecían a la Europa occidental al fin de la segunda guerra mundial.

Después de Auschwitz ya no es posible basar la identidad colectiva de los alemanes en la adhesión a las tradiciones nacionales. Al recibir uno de los premios de mayor prestigio cultural en Europa,

Habermas interviene sobre un problema que hoy divide a los historiadores alemanes. A partir de una reconsideración ético-política del patriotismo, considera que el destino futuro de Alemania está no sólo en la adhesión a Occidente sino produciendo una nueva cultura política.

conciencia serena de una ruptura con tradiciones fustas puede significar la apertura incondicional de la República Federal a la cultura política del Occidente algo más que una oportunidad económicamente atractiva y desde el punto de vista de la política estratégica, inevitable. Ese "algo más" referido a una nueva orientación intelectual me interesa particularmente.

A mediados de la primera guerra mundial aún publicó el liberal Friedrich Naumann una obra con el título de *Centroeuropa*. Un año antes de la toma del poder por los nacionalsocialistas escribe el Tatskreisler Gieseler en su libro *Sobre la Europa central y el futuro europeo*. En ellos se resalta la importancia de las potencias centrales y esa ideología del Centro profundamente arraigada desde el romanticismo hasta Heidegger en la corriente subterránea anticivilizatoria y anticultural de la tradición alemana" (Th. W. Adorno, *Intervenciones*, 1969, p. 128). La autocontinuidad fijada en esa posición geográfica central volvió a agudizarse de nuevo en un sentido socialdemarxista que explícitamente defendía que todo un mundo civilizado debía basarse sobre el principio de la paz. Los europeos habían tomado un camino particular que separaba a Alemania de Occidente y la privilegió frente a él tan sólo se vio desacreditada con Auschwitz. En todo caso, después de Auschwitz en aquél entonces de la civilización occidental, de toda civilización, es un tema que ha dado lugar a una conmoción. Aun cuando muchos ciudadanos de la República Federal rechazaron al principio esta idea de "Europa", todavía permanecieron bajo su influjo durante el paulatino abandono de sus prevenciones frente a la cultura política y las formas del tráfico social de Occidente. Se ha operado la transformación de una mentalidad.

La conciencia serena de una ruptura con tradiciones fundamentales de la cultura europea, lo cual significa la República Federal en la cultura política de Occidente algo más que una oportunidad económicamente atractiva y dentro del punto de vista de la política estratégica, inevitable. Ese "algo más" referido a una nueva orientación intelectual me interesa particularmente.

No me atrevería a aportar a un público danés con una problemática casi intimamente alemana si no creyese poder obtener de ella aspectos más generales. No obstante, la situación de Alemania en la Europa dividida. En Dinamarca "tan sólo" una parte de la población judía cayó en manos de las SS (H.-V. Thamer, 1986, p. 707). No constituye esto motivo alguno para el triunfalismo, puesto que cada individuo deportado deja

En todo caso así parecía, y aún me sigue pareciendo así. Ciertamente surgen dudas con respecto a este diagnóstico si se toma el debate entre historiadores en curso de hace ya un año con la desconfianza que inspira. Este debate es el que debía sobre la auténtica pertenencia de la República Federal. Es cierto que ambos partidos defendían enfáticamente la "orientación occidental" de la República Federal Alemana, pero una de ellas se dejó guiar más bien por un concepto de la unión de Occidente sesgado por la política de poder, pensando ante todo en términos de política exterior y de alianzas militares. La otra, sin embargo, se basaba en la correspondencia con la cultura ilustrada occidental. Lo que no tiene sentido a debate, no es la pertenencia de la República Federal a Europa, sino la cuestión, suscitada por los neconsernadores, de si la opción por Occidente no debería anclarla activa y efectivamente en una autoconciencia nacional renovada. La identidad supuestamente amenazada de los alemanes, se piensa, debe afianzarse mediante la memoria histórica de los "elementos aceptables del

as de si la huella de una historia irreparable de sufrimientos. No obstante, pueden Vds. engorjelcerse de lo mucho de sus conciudadanos hicieron en una época en la que entre nosotros la masa de la población permitió que sucediese la monstruosidad que al menos se acusa. Algunos son herederos de las víctimas y de aquéllos que guardaron a los perseguidos o que ofrecieron

socialista que retuviese una porción de su normalidad. Del otro lado, sus críticos hacen valer el hecho de que, con semejante tipo de política histórica, la verdad de la misma podría sucumbir en el camino. Se teme, aunque por otras razones, un allanamiento histórico de lo excepcional, de los hechos y circunstancias que precisamente hicieron posible Auschwitz. El desplazamiento del peso moral y la banalización de lo extraordinario podrían debilitar la conciencia de las discontinuidades en nuestras generaciones más jóvenes. Unicamente con



que únicamente depende de nosotros cómo continuar tradiciones en las que nos encontramos situados. No se trata, pues, de una generalización apresurada, embarga, a otro nivel, Auschwitz se ha convertido en signo de toda una época —y eso nos atañe a todos—, tuvo lugar algo que hasta entonces nadie creyó posible.

Allí se conmovió una región profunda de la solidaridad entre todo aquello que posee rostro humano. Hasta entonces, pese a todas las bestialidades naturales de la historia mundial, la integridad de esta región profunda había sido por supuesta sin llegar siquiera a considerarla. En aquel momento se desgarró un hilo de ingenuidad —una ingenuidad de la que se habían nutrido en

er las continuidades históricas y cuya autoridad venía de una tradición incuestionada. Auschwitz transformó las condiciones para la continuación de los nexos históricos vitales— y no sólo en Alemania. Quizás conocan ustedes ese curioso y arcaico sentimiento de vergüenza frente a una paternidad a la que se sobrevivió casi casualmente, sin méritos propios. Observarán su reacción por primera vez en otros: en aquellos que alivian de los campos de concentración, que se ocultan

o emigraron — y que no pudieron ejercer su solidaridad con quienes no sobrevivieron al exterminio más mediante una intensiva autojustificación. En tanto de culpables se consideró a los supervivientes, pero quienes casi en el escenario de tiro de molotov, se comportaron como si aún pudieran, mediante el recuerdo compasivo, ganarle lo definitivo asunto de un mal irreparable. No quisiera negarle a fenómeno su carácter específico, pero desde aquella catástrofe moral ¡no pese sobre nuestra supervivencia la responsabilidad de ser consecuencia de ella! ¿No crea la responsabilidad de esa inmerced salvación una responsabilidad intersubjetiva —una responsabilidad por circun-

existencias vitales desfiguradas que tan sólo permiten la felicidad o meramente la existencia de unos a costa de la felicidad destruida, de la retención de la vida y del sufrimiento de otros?

Esta frase de Benjamin está vinculada con la crisis en consideración de la historia que en la actualidad se plantea precisamente con respecto al período nacionalista – quiere renovar el neohistoricismo. En aquél entonces la historiografía se hallaba bajo el signo de un historicismo que se imbuía del vencedor sin rememorar su víctima – salvo la transfiguración triunfal de la muerte de los respectivos héroes propios–. De lo que Benjamin tenía conciencia era del uso público que se dieron de la historia en el siglo XIX los movimientos estatados nacionales, ese tipo de historiografía de pueblos efectos que podía servir como medio para la afirmación de una nación, de un pueblo en proceso de formación de conciencia de su propia identidad. Quería resaltar en primer lugar la importancia de los vínculos entre el neohistoricismo y el colonialismo para poder así explicar qué actualmente sucede en las sociedades occidentales, no resulta posible el regreso a este tipo de identidad que tan en la historia original.

El nacionalismo, tal y como se ha desarrollado en Europa desde finales del siglo XVIII, es un fenómeno específicamente moderno de la identidad colectiva. Tras la ruptura con el *ancien régime* y con la disolución del tronco tradicional de la sociedad burguesa primitiva, los individuos se emanciparon en el marco de unas libertades cívicas abstracciones. La masa de los individuos liberados se hace móvil –no tan sólo políticamente en tanto ciudadanos, sino también económicamente en cuanto

fuerzas de trabajo, militarmente como sujetos susceptibles de reclutamiento obligatorio y culturalmente en la etapa de la escolarización obligatoria con la que aprenden a leer, a escribir y a penetrar en el remolino de las comunicaciones y de la cultura de masas. En este situación el nacionalismo el que satisface la necesidad de verificarse identificaciones. Este nacionalismo se sostiene en las formas de identificación con las instituciones y las fuerzas que representan la identidad de los individuos. En particular lugar, las ideas propagandísticas que se instigaron provienen de una herencia profana, independiente de la iglesia y de la religión, que fue preparada y facilitada por las ciencias del espíritu surgidas en aquél entorno.

Esto explica algo del carácter penetrante y constante a la vez de las nuevas ideas. Estas abarcan de igual manera a todas las capas de la población y dependen de forma espontánea y reflexiva de apropiación de las tradiciones. En particular, el nacionalismo se pone en contacto con la memoria estatal de la identificación cultural común del lenguaje, la literatura y la historia. El sentido nacional demócratico surgido de la revolución ncesa se constituye en el modelo por el que se orientan todos los movimientos nacionales. En tercer lugar, en conciencia nacional se da una tensión entre dos estados: los clásicos —es decir, en naciones que toman conciencia de sí mismas en el marco de formas de gobernanza autoritarias— y los modernos —que tienen la tensión entre derechos y la democracia valorativos del estado

Bajo el signo del nacionalismo significan la libertad la autodeterminación política simultáneamente la soberanía popular de ciudadanos jurídicamente iguales que adquieren su propia identidad y su propia cultura que se ha hecho soberana. En la solidaridad emocional con los oprimidos, que se inició con el atacismo por Grecia y Polonia a principios del siglo X y se ha prolongado hasta el culto a los héroes y el ícono revolucionario de nuestros días (China, Vietnam, Cuba, Portugal, Nicaragua) se refleja uno de esos sentimientos. El otro se pone de manifiesto en la imagen de los enemigos que fueron ideologías y estilos de los movimientos independentistas. Para los aliados eran esas imágenes del enemigo, entre 1806 y 1914 franceses, daneses e ingleses. Pero los signos de esa oposición no disuelta se muestran tan sólo en semejanzas contrapuestas, siendo en el propio estudio y la propia conciencia histórica en que se configura el

de cada nación se organiza en un estado para ser independiente. Sin embargo, en la realidad histórica, el estado con una población nacional homogénea ha sido siempre la excepción. El propio estado nacional genera los movimientos autonomistas en los que las minorías nacionales luchan por sus derechos. Y en la medida en que el estado nacional somete a las minorías a su administración central se sitúa en contradicción con la necesidad de autonomía que generó su existencia. Una contradicción similar atraviesa la conciencia histórica en cuyo medio se constituye la autoconciencia de una nación. Para poder formar y portar una identidad colectiva ha de tenerse significativamente en el contexto lingüístico-cultural de la vida. Tan la construcción narrativa de un acontecimiento con sentido o ajustado al propio colectivo ofrece perspectivas de uro orientadas a la acción y cubre las necesidades de socialización y de integración social. De modo similar, el desarrollo de la ciencia del espíritu en que se establece como punto afirmativo. La referencia a la veracidad a la ciencia del espíritu en una labor crítica

esa referencia se contrapone a las funciones de integración social para las que el estado nacional empleó sistemáticamente las ciencias históricas. Normalmente el compromiso consistió en una historiografía que eleva la comprensión con lo existente al rango de ideal metodológico y que renuncia a "peinar la historia a trapelo" (Benjamín). La mirada del que renuncia sube a los hombros del vencedor puede velar tanto su propio orgullo de mirar cuanto más diluyendo ese apoyo en el hilo de la narración.

Los estatados nacionales clásicos y los surgidos de movimientos de Risorgimento han vivido más o menos discretamente la crisis europea, que, sea en su figura nazi Hitler y Mussolini, destruyó ese precario balance separó totalmente el egoísmo nacional de su vinculación con los órdenes universalistas del estado, democráticos y constitucionales. El elemento particularista hasta entonces apaciguado despegó finalmente en la Alemania nazi en la idea de una Alemania que se identificaba con la Europa de la cultura y la civilización mencionada, reforzó una mentalidad sin la cual no hubiera sido posible la extirpación gran escala de categorías pseudocientíficamente definidas de enemigos internos y externos. En la connoción siguió a la exaltación y destruyeron en Alemania continuidades históricas constituidas naturalmente.



istoria y ha puesto en entredicho los presupuestos de identidad colectiva marcados por el nacionalismo.

Ahora surge la cuestión de si ha de verse en ello un solo elemento o un parágrafo adicional de acuerdo con lo que se considera como una transformación constitucional. No (o) si en las circunstancias especiales de la República Federal se perfila una transformación, que está teniendo lugar más violenta y desvelada, que aquella que también en los estados nacionales clásicos. Estoy pensando en una transformación de las identidades en la que se desplaza el equilibrio entre sus dos elementos. Si mi suposición es cierta, se está transformando esa combinación que dan los imperios de autoridad y de control, que forman la vida política. Los imperios de política de poder ya no sólo alcanzan a dominar la forma de actuación del estado democrático de derecho, sino que encuentran también sus límites en los postulados de una generalización de la democracia y de los derechos humanos.

fundamenta en la *Filosofía del derecho* (§ 324), de forma neutral al suyo, el momento mismo de la guerra y la obligación de defenderse. La obligación al riesgo "de sacrificarse la propiedad y la vida". El Estado imperial es heredero de la antigua obligación de morir por la patria en nombre ahora de una soberanía concebida en términos modernos, y conforma con ello la primacía de la nación frente a los restantes bienes terrenales. Este núcleo del nacionalismo que ha marcado las mentalidades no ha resistido, sin embargo el desarrollo tecnológico del armamento. Quien hoy en día emplee de hecho las armas con que se arroza a otros para defenderse en ese mismo instante está destruyendo la *Lealtad Imperial*. Mientras tanto, la objeción a servir con las armas resulta, desde el punto de vista moral, más sencilla de justificar que el servicio militar mismo, que se ha vuelto paradojico.

3 En el año 1949 se fundaron seis nuevos estados. Vietnam, Laos, Camboya e Indonesia pertenecen a esa tercera generación de Estados nacionales procedentes de la disolución de los imperios coloniales en Asia y en África que, *mutatis mutandis*, siguen el mismo modelo. La República Popular China, fundada en la República Democrática Alemana, surgidas en el mismo período, quedan fuera de esa serie. De acuerdo con una cierta interpretación, ambos son estados sucesores de la creación transitoria que fue el Imperio aleman a los que se refiere de momento la unidad nacional-estatal. La hipótesis de una transformación general de las identidades nacionales exige una lectura distinta. Atendiendo a ésta, en 1945 finalizó el episodio, cínicamente desgraciado, de apenas setenta y cinco años de una unificación nacional-estatal, por lo demás incompleta.

ta. Según esto, la identidad cultural de los alemanes se constituye en un desafío para tomar en serio los fundamentos universalistas de la propia tradición.

Acaba de aparecer:
Beatriz Sarlo
**Una modernidad periférica:
Buenos Aires 1920 y 1930**

AV Ediciones Nueva Visión
Tucumán 3748, Capital t.e. 89-5050

C) De una forma menos dramática, subconscientemente más bien, las comunicaciones y el turismo de masas hacen sentir también sus efectos. Ambos transforman la visión de *corto radio*, orientada por las propias opiniones, y la moral de grupo, ajustada al entorno inmediato. Estos elementos acostumbran la mirada a la heterogeneidad de las formas de vida y a la realidad del desvelo existente entre nuestras condiciones de vida y las de otros lugares. Esta costumbre es, sin duda, ambivalente: abre la mirada y la embota a la vez. No podríamos vivir



ciones promueve antes una problematización de la conciencia histórica que la construcción de identidades y la creación de sentido.

Sorprenden que ésta y otras tendencias similares hablan, de hecho, en favor de una transformación de las identidades nacionales —al menos dentro del ámbito de las sociedades industriales de Occidente—. ¿Cómo debe concebirse entonces la relación entre una conciencia histórica problematizada y una identidad estatal posicional? Toda identidad que fundamentalmente pertenece a un colectivo y transcribe la serie de situaciones en las que sus miembros pueden decir “nosotros” en un sentido enfático parece obligada a permanecer como algo inconstituido y sustraido a toda reflexión.

4 Soren Kierkegaard, el filósofo y escritor religioso que ha inspirado nuestro pensamiento hasta hoy mucho más allá de la filosofía existencial, fue contemporáneo de los movimientos nacionales. Pero Kierkegaard no habla en absoluto de identidades colectivas, sino exclusivamente de la identidad de la persona individual. En *Lo uno o lo otro* se concentra en la decisión solitaria por la que el individuo moral asume la responsabilidad de su biografía y “se convierte en el que es” (S. Kierkegaard, 1960, p. 774). Este aspecto práctico de la transformación tiene su lado cognitivo: cada uno que se convierte a su propia responsabilidad ética de la vida”. “El individuo descubre que la misión escogida, constituye una diversidad infinita en su interior, por cuanto que pose una historia en la que éste se reconoce como autor de su identidad”. Quien recuerda de las Confesiones de San Agustín reconoció en este proyecto de autenticidad vital un viejo motivo cristiano: la experiencia de la conversión. La “elección absoluta” transforma al individuo de forma idéntica a como lo hace la confesión con el cristianismo. “El individuo se convierte en sí mismo, porque su interior a la fecha era de personalidad más insinuante, y es de embargo de convicción en otro, porque la elección pone todo y lo transforma” (p. 782). Cada individuo se encuentra a sí mismo primariamente como producto histórico de circunstancias vitales fortuitas, pero al “escogerse” a sí mismo como tal producto surge una misión que se atribuye la rica concepción de su biografía hallada meramente así, como algo por lo que quiere rendir cuentas retrospectivamente. Desde esta perspectiva se ve establecida la vida respetuosamente asumida, que es la cadera de la cualidad falsa. El resultado, dando continuidad en la intersección de la autenticidad existencial con la conciencia del pecado: “Tan sólo es posible escogerse a sí mismo éticamente mediante el arrepentimiento, y únicamente al arrepentirse deviene uno íntegro” (p. 812).

De este concepto de una identidad del yo que se genera mediante la reconstrucción de la propia biografía a la luz de la responsabilidad absoluta podemos obtener también una interpretación algo más profana. Entonces se plantea la cuestión de si el concepto de identidad del siglo XIX bate los presupuestos de la ética kantiana y que quiere ofrecer una alternativa al intento de Hegel de “concretizar”, en una forma questionable, la moral universalista de Kant. Hegel había querido dar consistencia a la libertad subjetiva y a la conciencia moral en las instituciones del estado racional. Kierkegaard, tan desconfiado como Marx frente a este espíritu objetivo, enraiza ambas, en vez de en aquellas instituciones, en una intimidad personal. De este modo logra un concepto de identidad que es claramente más adecuado para un mundo posttradicional, pero no racional por sí mismo como es el nuestro.

Kierkegaard comprendió plenamente que la misión personal es a la vez social y civil —Robinson sigue siendo para él un aventurero—. Crea que la vida personal se “tradicó” en la vita eterna y retorna desde ésta a la esfera de la intimidad (p. 830). Pero entonces resulta admirable preguntarse cómo deberían estar estructuradas las relaciones vitales entre el individuo y su entorno social, para que dejen espacio al desarrollo de identidades personales más exigentes, sino para que se approximen también a semejantes procesos de hallazgo de uno mismo. ¿Cómo deberían estar constituidas las identidades grupales que pudiesen complementar y estabilizar el improbable y amenazante tipo de identidad del yo proyectado por Kierkegaard?

Sería erróneo concebir las identidades grupales como identidades individuales a gran escala —no existe entre ellas una relación causal—, sino más bien como de complementariedad—. Es fácil comprender que el nacionalismo no podía constituir semejante complemento de la intuición ética de la vida caracterizada por Kierkegaard. Quizás sea el quien marque un primer paso en la apropiación reflexiva de tradiciones con las que nos identificamos, la identidad posttradicional también es identidad nacional. Sin embargo, esta forma de conciencia revela un vigoroso prejuicio que se muestra precisamente en esa situación límite con que dicha conciencia se actualiza de forma más pura: en el momento de la movilización para la guerra patriótica. Esta situación de coordinación voluntaria es lo absolutamente contrario de aquél *Lo uno o lo otro* existencial con que Kierkegaard confrontaba al individuo. Obviamente, con las identifi-



caciones que el Estado nacional esperaba de sus ciudadanos se decidía bastante más de lo que Kierkegaard pudo admitir en el interés del individuo.

La identidad que es distinta al patriotismo constitucional, surgido tan sólo tras una mayor diferenciación entre cultura y política estatal que en el caso del estado nacional de viejo cuño. En este nuevo contexto las identificaciones con formas de vida y tradiciones propias se ven recubiertas de un patriotismo abstracto que ya no se refiere al conjunto concreto de la nación, sino a procedimientos y principios igualmente abstractos. Estos últimos apuntan a las condiciones de convivencia y de comunicación entre los individuos de tales identidades que se solapan entre sí, pero no necesitan ya de un punto central de agrupamiento e integración para transformarse en una identidad nacional. La noción abstracta de la generalización de la democracia y de los derechos humanos constituye, en su lugar, la materia dura en la que se equilibran los rayos de las tradiciones nacionales del lenguaje, de la literatura y de la historia de la propia nación.

Para este proceso de apropiación no puede transferirse las analogías con el modelo kierkegaardiano de la asunción responsable de la biografía individual. La decisión de *Lo uno o lo otro* significa ya una fuerte estilización con respecto a la vida individual. El peso de la “decisión” lo tiene aquí en todo el carácter autoritario y controlador del individuo que se impone. A esto tan sólo puede corresponderse el carácter autónomo y consciente de una discusión pública en el ámbito de la apropiación de tradiciones intersubjetivamente compartidas que no están a disposición de ningún individuo. Así, por ejemplo, discutimos sobre cómo queremos comprendernos en cuanto ciudadanos de la República Federal —en la forma de una discusión sobre interpretaciones se realiza el proceso público de la tradición—. Ahí las ciencias de la espiritualidad, como otras culturas de experiencia, se implican en la dimensión más baja del aspecto de su uso público, no en cuanto ciencias.

Resulta igualmente importante una ulterior diferenciación. Kierkegaard sitúa plenamente el acto de la auto-elección bajo el punto de vista de la justificación moral. Pero la valoración moral subyace tan sólo a aquello que podemos atribuir a una persona individual. Con respecto a los procesos históricos no podemos sentimos responsables en el mismo sentido. Del contexto histórico de formas de vida que se trasciende generalmente tenemos de tener en cuenta el ejercicio de responsabilidad intersubjetiva entre los nacidos con posterioridad. En este contexto, ese momento de contrición que sigue al cercioramiento de si mismo encuentra un complemento: la melancolía de sentirse obligado con las víctimas irreparables. Hoy somos más responsables que nunca del grado de continuidad y de discontinuidad en las formas de vida de los somos portadores, consideremos tan amplia o no esa responsabilidad como lo hizo Benjamin.

En un punto muy esclarecedor Kierkegaard enumera la importancia del ejercicio de la responsabilidad éticamente redactada de su propia historia vital, pero debe ser consciente “de que es un redactor responsable” (p. 827). Después de haber decidido existencialmente quién quería ser, el individuo asume la responsabilidad de aquello que en adelante considere esencial o no de su historia moralmente asumida: “Quien vive éticamente anula hasta cierto punto la distinción entre lo casual y lo esencial, puesto que se acepta a sí mismo enteramente como esencial; pero esa distinción vuelve a surgir, pues tras haber hecho esto, el individuo distingue su responsabilidad básica con respecto a lo excluido como causal” (ibid.).

Hoy podemos ver que se da un contraste en la vida de los pueblos precisamente por esa razón. En el proceso público de la tradición se decide cuáles entre nuestras tradiciones proseguir y cuáles no. La disputa al respecto se inflamará tanto más intensamente cuando menos podamos confiar en una historia nacional victoriosa, en una normalidad hermética de lo que ya se impuso sin remisión, y cuanto más consciente nos sea la ambivalencia de la tradición.

5 Kierkegaard habla en términos personales de una “distinción” que realizamos cuando rehuimos la dispersión y nos recogemos en el foco de la misión responsable. Se salva entonces quién se desearía ser y quién no, qué ha de pertenecer esencialmente a uno mismo y qué no. La disputa trae consigo más a la memoria que a la abstracción: más memoria que memoria histórica; estabas consensuada tan sólo bajo la condición de que el antifascismo nunca pudiese hacerse exhaustivo. Sin embargo, ha sido precisamente la condición la que han cuestionado siempre los liberales y las minorías de izquierda:

* al tematizar públicamente y en detalle el período negativo nacionalsocialista, normalmente omitido en su conjunto (reparación y “revisión del pasado”), procesos de prohibiciones laborales contra los radicales, discusión sobre los refugiados, etc.);

* o al criticar la política de la potencia ocupante, América Latina, Alemania, y otros gobiernos (Vietnam, Libia, resistencia a la política de distensión, etc.) en su imagen contraria al totalitarismo.

El debate entre historiadores se sitúa también en este contexto. No es preciso investigar los motivos de las tensiones políticas vinculadas sin disimulo a esa pretendida historiación que, de cara a la opinión pública, aspira a normalizar y distanciar el período nacionalsocialista. Cuando puede satisfacerse cada vez en un menor grado aquella condición necesaria para el consenso antitotalitario de los años cincuenta, es decir, la

discreción con respecto a la propia historia, se ofrece precisamente esta otra alternativa: la atrevida desproblematización de un pasado ya no omitido y el reconocimiento, un tanto arrogante, de las continuidades que discurren a lo largo del período nacionalsocialista.

Tan sólo hoy, pues, se ha sometido a debate cómo queremos recordar la historia de Occidente de forma exclusivamente pragmática, como una especie de alianzas, o también intelectualmente, como un nuevo comienzo de la cultura política. Quienquería que se contente con un retórico “iusto - como” rechaza y hace de una cuestión existencial una disputa terminológica: en *Lo uno o lo otro* Kierkegaard se refiere al modo de asunción consciente de un fragmento de historia. De igual manera, nuestra historia de posguerra no debería abandonarse en su punto decisivo, la desviación con respecto a las propias tradiciones aciagadas, a un sordo murmullo.

Obras citadas:

T. W. Adorno, (1969), *Intervenciones. Nueve modelos de crítica*, Cárculas, Monte Ávila.

W. Benjamin, (1970) *Angelus Novus*, Barcelona, La Gaya Ciencia Edhasa.

R. von Thadden, (1987) “Das verschobene Vaterland”, en *Süddeutsche Zeitung*, 11-12 de abril.

J. Hobsbawm, (1984) “La reacción al materialismo histórico”, cap. 4: “¿Por qué las sociedades complejas desarrollan una identidad nacional?”, Madrid, Taurus.

S. Kierkegaard, (1960) *Entweder-Oder*, Kühn y Olen, Hegner, D. Thränhardt, (1986) *Geschichte der Bundesrepublik Deutschland*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.

Jürgen Habermas. Filósofo alemán. Tomamos la versión publicada por la revista madrileña *Lectura Internacional* (núm. 9, primavera de 1988, pp. 5-13) traducida del alemán por Francisco Colom Salvo algunas modificaciones de detalle.

V Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires

“La inmigración en Buenos Aires”
“La inmigración en la República Argentina”

15, 16 y 17
de agosto
en el Centro
Cultural Gral.
San Martín

Participarán como
panelistas representantes
de la UNESCO y de
universidades de España e
Italia.

Se aceptarán trabajos
hasta el 14 de julio

Inscripción e
informes:

Instituto Histórico, Av.
Córdoba 1550, piso 1º, de
9 a 19 hs., Tel. 42-9370.
Museo Roca, Vicente
López 2220, de 10 a 18
hs., Tel. 803-2798/4115.

Municipalidad de la
Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura
Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires

La hipocresía como vicio nacional

La Argentina que no cambia

José Aricó

Un grupo de cambiantes militares se encarama al poder y nos maltrata durante unos siete años; esa calamidad se llama el proceso. Los terroristas arrojan sus bombas; para no herir sus buenos sentimientos se los llamo activistas. El terrorismo estrepitoso fue sucedido por un terrorismo secreto: se lo llamó la represión. Los mazorqueros que secuestraron, que a veces torturaron y que invariablemente asesinaron a miles de argentinos obtuvieron el título general de fuerzas parapoliciales. Hubo una invasión y hubo una derrota; las autoridades hablaron de anticolonialismo y de cese de hostilidades. Un ministro, acaso deliberadamente, arruina la Patria; se le denominó economista. La Patria fue degradada, explotada y éticamente corrompida; se la apodó Argentina Potencia. El viaje de una viuda de Perón se llama operación retorno. Gremialista es el mote que se otorga a ciertos matones. Un negocio turbio es un negojo y, a veces, un ilícito. Cobrar excesivamente un trabajo es hacerlo valer. La disputa con Chile se apodó el conflicto limítrofe". Con estas palabras, cargadas del tono sarcástico con el que desde mucho antes venía arremetiendo contra los vicios del ser nacional, Jorge Luis Borges legó a sus contemporáneos una formidable denuncia de uno de ellos, tal vez el más característico y deleznable: la hipocresía.

El reciente episodio protagonizado por el Dr. Angeloz al recordar en un discurso de su campaña electoral la afición del general Galtieri por la bebida, que lo arrastró a tomar las Malvinas "bajo el efecto de los valores del alcohol", me trajo a la memoria ese texto de Borges publicado bajo el significativo título de "Si hay miseria, ¿se no note?" en el periódico *Clarín* (vg. 8 de marzo de 1984). Si a este episodio, en realidad anecdótico y sin importancia, pero que motivo, no obstante, protestas del ejército y hasta una reunión de generales para considerarlo, le sumamos la desmesurada reacción de la Iglesia frente a las tildengueras de un personaje de la picaresca literaria, o las furias de monseñor Di Stéfano contra las palabras del ministro Barrios Arrechua a sus coreligionarios en una reunión a puerta cerrada sobre la conquista de la ley de divorcio, o el desgarramiento de las vestiduras por las críticas justificadas del presidente Alfonsín al artículo malintencionado de un funcionario de Techint, uno no puede menos que insistir en el recuerdo de esa formidable requisitoria bogiana contra una Argentina propensa al eufemismo que queríamos creer en extinción.

De hipócritas calificó Borges a reaccionistas semejantes y creó que el calificativo las cea como anillo al dedo a aquellos que hoy defienden con una violencia digna de miedo esta una imagen que poco se corresponde con los hechos. No pretendo suscribir todo lo que fueron empleados por quienes furtivamente agredieron los valores y la integridad de las fuerzas armadas, de la Iglesia, del poder o del incuestionable derecho a expresar disidencias. Cada uno puede pensar de esas formas lo que quiera y tal vez muchos, entre los que me incluyo, preferían de los gobernantes

Apenas reconquistada la democracia, Borges publicó una nota en la que criticó al máspreciado de nuestros vicios nacionales: la hipocresía. De hipócritas tildó a los responsables de una de las mayores vergüenzas nacionales. Cuatro años después sus palabras parecen tener más vigencia que nunca. Pero es posible que la Argentina que él condenó esté entrando en su ocaso.



los políticos o de los escritores, como en el caso de Dalmiro Sáenz, un poco más de recato y moderación. A fin de cuentas, en una Argentina crispada por décadas de miserias de todo tipo, lo que deberíamos reclamar de nuestra clase política y de nuestros intelectuales es que no sigan echando leña al fuego y que introduzcan un poco más de confianza en el debate de ideas y en el análisis desprejuiciado de los problemas. Y con mayor razón debemos esperar este comportamiento de los gobernantes, porque más obligados están a introducir esa cuota de realismo sin la cual la percepción de los problemas corre el riesgo inevitable de estar desmedidamente sesgado por los intereses, los valores y los comportamientos de cada parcialidad. Digo esto no porque crea, lo que es obvio, que sólo en ellos anda la razón, las buenas intenciones y la capacidad y voluntad de adoptar las mejores soluciones, sino por el simple hecho de que para encarar cualquier problema, aun el más insignificante, es preciso reconocer también los elementos de juicio a partir de los cuales, quienes tienden en hecho la responsabilidad de adoptar decisiones, implementan políticas públicas que en un sentido o en otro habrán de recaer sobre el conjunto de los argentinos. Sólo así es posible educar a los ciudadanos y a los organismos en los que su opinión se expresa, en una cultura de gobernar, sólo así "demonstrar tener un sentido pleno de la responsabilidad aquéllos que postulan alternativas de poder en el estado y conquista de hegemonía en la sociedad".

Pero hecha esta salvedad, que no creo que sea de poca monta, no puedo dejar de expresar el temor y la irritación que me provoca la reacción que suscitaron estos

la libertad de expresión amenazada es ese problema el que se desplaza. ¿Quién puede acordar con las tonterías de Sáenz? Pero lo que se pide es la censura del canal y del estado. Y tuvimos que presenciar al humillante papel que le cupo a quien, privilegiando el rating a la cultura, fue obligado a transitar el camino de Canosa para rendir pleitesía a un sacerdote ofuscado. La mayoría del pueblo argentino compartió la necesidad de establecer una ley de divorcio, aunque esa misma mayoría es en gran medida de filiación católica. Y sin embargo un ministro de la Iglesia aprovechó el escándalo para cuestionar de hecho a la propia ley. Un general de la Nación y miembro del gobierno respondió a las palabras de Angeloz reivindicando como gesta que comprometió a las fuerzas armadas en su conjunto lo que una comisión investigadora formada por sus propios miembros demostró ser una aventura insensata. ¡Cuánto barullo para tapar cosas que sabemos todos! ¡Cuánta hipocresía para silenciar humillaciones y miserias que lacera a los argentinos y que les impiden contemplar con mayor optimismo, pese a la gravedad de la crisis, los caminos que conducen a hacer de este país una tierra digna de vivir en ella!

A brigo la esperanza de que el juicio de Borges sea en este caso tan parcial como muchos de los que pronunció en su larga vida. Reconociendo a la hipocresía como un vicio nacional, quisiera creer que, por más numerosos que todavía sean, sólo algunos son sus tributarios. Que la penosa historia que debimos protagonizar está concluyendo y una nueva Argentina emerge de los restos de esa otra que fenece. Hay razones para pensarlo porque no son pocos los que aprendieron la lección de los hechos. Hay una virtudad encerrada en toda crisis, porque así como obstaculiza que los elementos de solución se desarrollen con la celeridad que su gravedad reclama, del mismo modo abre un nuevo horizonte de visibilidad de los problemas y de las medidas excepcionales a las que deberá apelar para salir de ella. Tal vez sea el fin del célebre juicio de quien, como tantos otros, vive en este país la constante contradicción entre lo que la razón le permite ver y entender, y lo que la esperanza lo impulsa a desear. Vivir sistemáticamente esta contradicción es también una manera de ayudar a que sus elementos reales se constituyan y se expandan. A condición, claro está, de que nos distanciamos de quienes confían en la catástrofe o de aquellos otros que piensan que al final las cosas se acomodan. Dejemos a todos estos que pertenecen a una Argentina que se extingue, la oculta satisfacción que les despierta el optimismo de su conciencia. A nosotros nos toca asistir a esos nuestros deseos y nuestra voluntad de abrirse paso a esa Argentina que cambia, sabiendo que ese tiempo, nuestro, debe ser igual habrá de ser, como nos lo señala Bobbio, el pleno ejercicio del pesimismo crítico. Un deber civil, "porque sólo un pesimismo radical de la razón puede despertar algún rugido en aquéllos que, desde un lugar o del otro, muestran no advertir que el sueño de la razón genera monstruos".